

Reescritos por Fabio Morábito

libro al
viento

EL HOMBRE

Ilustraciones de Leonardo Palencia

QUE EL AGUA SE LLEVÓ

VEINTIDÓS CUENTOS
POPULARES MEXICANOS





Libro al Viento

COLECCIÓN UNIVERSAL

Este ejemplar de Libro al Viento es un bien público.
Después de leerlo permita que circule entre los demás lectores.

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ

Claudia Nayibe López Hernández

Alcaldesa Mayor de Bogotá

SECRETARÍA DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE

Catalina Valencia Tobón

Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte

INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES – IDARTES

Mauricio Galeano Vargas

Director General

Maira Salamanca Rocha

Subdirectora de las Artes

Hanna Paola Cuenca Hernández

Subdirectora de Equipamientos Culturales

Leyla Castillo Ballén

Subdirectora de Formación Artística

Liliana Morales Ortiz

Subdirectora Administrativa y Financiera

Carlos Alberto Ramírez Pérez

Gerente de Literatura

Ricardo Ruiz Roa, Andrea Mojica Molina,

María Camila Jaramillo Laverde, María

Eugenia Montes Zuluaga, Wilmar Molina

Vargas, Yalila Pérez Montoya, Ivonne

Alejandra Malaver Castiblanco, Valeria

Baena Robledo y Vivian Julieth Melo López.

Equipo del Área de Literatura

PRIMERA EDICIÓN

Bogotá, diciembre de 2022

Los derechos de los textos, las traducciones y las imágenes de este libro pertenecen a sus autores. Sin embargo, queda prohibida cualquier reproducción (parcial o total) de esta obra en su conjunto sin consentimiento de Idartes.

© Instituto Distrital de las Artes – Idartes

© Fredy Ordóñez, por la presentación

© Leonardo Palencia, por las ilustraciones

Cuentos populares mexicanos, recopilados y reescritos por Fabio Morábito

© 2014, Fondo de Cultura Económica

Camila Cardeñosa, diseño de la colección *Bastarda Type* y Camila Cardeñosa, diseño de la tipografía Obispo

Paula Andrea Gutiérrez Roldán, diseño y diagramación

Fredy Ordóñez, edición

© Arturo Diez Gutiérrez, por la imagen de la página 116.

ISBN: 978-628-7531-72-7

Multi-Impresos SAS, impresión

Impreso en Colombia

Febrero de 2023

GERENCIA DE LITERATURA IDARTES

Carrera 8 N° 15-46. Bogotá D. C.

Teléfono: 6013795750

www.idartes.gov.co

contactenos@idartes.gov.co

 @LibroAIViento  @LibroAIViento

EL HOMBRE

QUE EL

AGUA SE

LLEVÓ

7
CATÁLOGO PARCIAL DE DESTINOS HUMANOS
Presentación

15
EL HOMBRE QUE EL AGUA SE LLEVÓ

21
CUENTO DE UNA FAMILIA

23
LA ALERTA DE LOS GRILLOS

25
LAS OPORTUNIDADES PERDIDAS

30
EL PUENTE DEL RÍO GRANDE

34

HABÍA UNA VEZ UN CURA

37

EL MUNDO DESFONDADO DE LA RATA CANGURO

47

PERRO TOPIL

43

LA DUEÑA DEL MAÍZE

51

LOS ENANITOS

57

EL TLAGUACHE Y EL TAPIR

61

LA REACCIÓN DE LOS ANIMALES CUANDO NACE UN NIÑO

63

JUAN Y EL ESPEJITO DE LA VIRTUD

73

JUAN TABLA

84

CÓMO UN HOMBRE MURIÓ POR UN CUERNO DE TORO

86

EL MANJAR DE LOS BRUJOS

91

LOS CARGADORES DEL MUNDO

95

EL HOMBRE DE LA MULA Y EL PERRO

97

UN MILPERO

707
LA BRUJA Y EL TEMAZCAL

707
EL HOMBRE QUE SE CONVIRTIÓ EN ZOPILOTE

715
EL AUTOR

Libro al Viento es un programa de fomento a la lectura del
Instituto Distrital de las Artes - Idartes, entidad adscrita
a la Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte

CATÁLOGO PARCIAL DE DESTINOS HUMANOS

Presentación

ESTE LIBRO SELECCIONA APENAS VEINTIDÓS cuentos de los 160 que reunió la tercera edición de *Cuentos populares mexicanos**. Pese a esta limitación, confiamos en que el lector, apenas con esta muestra, logre avizorar algo de la magnífica riqueza y diversidad de las narraciones orales en México, tanto las propias de una lengua o de una región, como las que se multiplicaron en distintas versiones porque viajan —y siguen viajando— adoptando aspectos del lugar donde se narran y el carácter y maestría de quien las cuenta ante un público (en una fiesta, en una ceremonia, en un velorio acaso).

* Recopilados y reescritos por Fabio Morábito (México, Fondo de Cultura Económica, 2021); la primera edición es de 2014 y la segunda, de 2017.

Las versiones escritas de estos cuentos, por su parte, son resultado del monumental trabajo de investigación, recopilación y reescritura de Fabio Morábito, que no duda en extenderse (en la introducción del libro original) en varias aclaraciones, para alumbrar el sentido de este trabajo. Un resumen muy apretado de estas sería el siguiente: aunque la frontera entre un cuento y un mito tenga contornos difuminados, este libro pretende ser rigurosamente una compilación de cuentos. Con los mitos —que surgen de la observación de la naturaleza— “es imposible identificarse [...], porque aquello que narran pasó de una vez por todas, sin posibilidad de repetirse”; contra la verdad fundacional que expone un mito, están las variaciones, las incertidumbres, los matices de los cuentos, que aparecen en una lengua y otra, una región u otra, y siempre como alguna especie de advertencia a los hombres. Esa puede ser la esencia de los cuentos: su naturaleza de recordatorio —a los hombres— de los reveses que pueden sufrir o una maravillosa ratificación del azar que gobierna sus vidas (“Los cuentos representan pues unos verdaderos instructivos de vida, esa vida cuyos mecanismos inmutables describen los mitos”). Morábito entonces, para respetar esta concepción del cuento, templó su método de trabajo de la siguiente manera —pues el despliegue de una narración oral puede distar notablemente

del relato escrito—: luego de escarbar en las muchas transcripciones, eligió un cuento (y sus variaciones, si las había), y atacó sus vacíos argumentales, sus inconsistencias o su falta de brillo, subsanando creativamente las muchas veces desangelada o llana transcripción (que al fin y al cabo tenía un propósito antropológico o de registro lingüístico). Echó mano de su caja de herramientas literarias para verter estos documentos en la horma de un cuento, y hacer de este un espacio literario autosuficiente (“Se trata de otorgarles plena autonomía escrita a esos cuentos que nacieron para ser contados en voz alta”). Comparó versiones de una misma historia, tomó elementos de alguna para que otra cristalizara un sentido, en fin, con los recursos de la narrativa escrita suplió todos los efectos de los que se vale un narrador oral al enfrentarse a un público.

Digamos también: a diferencia de las narraciones medievales con las cuales guarda enormes similitudes, estos cuentos entrañan las particularidades de la extensa geografía mexicana (casi todo el país está conformado por mesetas, valles y cadenas montañosas), de sus fronteras políticas y lingüísticas, y además de la época en que el material original fue transcrito (buena parte en las primeras décadas del siglo xx). Una de las consecuencias de esto fue “la mezcla frecuente entre lo antiguo y lo moderno”, pues los narradores

orales se vieron escasamente contaminados por las dinámicas urbanas, lo que hizo que, como dice Morábito, “la línea divisoria entre tiempo antiguo y tiempo actual [resulte] harto desdibujada”, y así aparezcan elementos modernos súbitamente incrustados en esas narraciones atemporales en los cerros, trasunto del mágico, inhóspito e impredecible bosque medieval. ¿Y no es esta elegante continuidad entre dos mundos habitualmente separados —plantea no sin esplendor Fabio Morábito— la marca de la más insigne literatura latinoamericana del siglo xx?

Estas son apenas algunas de las aclaraciones del compilador y autor de estos cuentos, en los que un rayo habla, un hombre se convierte en zopilote para no trabajar, un niño es abandonado por su padre y queda a merced de una bruja con un temazcal, un hombre muere inexorablemente por el cuerno de un toro, un tlacuache muerto de hambre sueña que tiene hambre, un hombre se enfrenta a unas pulgas gigantes, una rata canguro se salva de ser devorada por una zorra, y una pareja tiene que hacer gala de todo su ingenio para que el diablo no se quede con su alma. Estos cuentos son también, como deben ser, un recorrido por muchas regiones de México y el eco de las muchas lenguas y costumbres, desde Baja California (la frontera con Estados Unidos) hasta Oaxaca, Chiapas y Yucatán (al sureste de México, en

la frontera con Guatemala), pasando por Durango, Tabasco, Veracruz, Jalisco y el estado de México.

Le quedan entonces al lector este catálogo parcial de destinos humanos, estas exhortaciones a la prudencia, estas invitaciones a congraciarse con el ingenio cotidiano, estos avisos de que los infortunios del hombre son siempre los mismos, pero son a la vez distintos, porque las circunstancias cambian, y hay que encajarlos como mejor podamos, a no ser que tengamos la suerte de que caiga en nuestras manos un espejito de la virtud capaz de resolver todos nuestros problemas.

Fredy Ordóñez

Editor de Libro al Viento

EL HOMBRE

Reescritos por Fabio Morábito

QUE EL

Ilustraciones de
Leonardo Palencia

AGUA SE LLEVÓ



VEINTIDÓS CUENTOS
POPULARES MEXICANOS



EL HOMBRE QUE EL AGUA SE LLEVÓ

Tepehuano del sur-Durango

HABÍA UN HOMBRE QUE ERA NADADOR Y VIVÍA en la ladera del cerro, y cuando era tiempo de lluvia y el río llevaba mucha agua en Sihuacora, él pasaba a los arrieros de una orilla a otra, amarrando sus cargas a unos guajes* para que flotaran. Ataba una sogá por encima del agua, amarraba las cargas en hilera y él mismo se amarraba la sogá, nadaba y llegaba al otro lado. Así le hacía y, sin él, nadie podía cruzar el río en tiempo de lluvias, cuando estaba crecido.

Pero ocurrió un día que se reventó la cuerda con que el hombre se amarraba a los guajes y se lo llevó la corriente. Los arrieros nomás vieron cómo se iba, como un guaje más, y nada pudieron hacer para detenerlo.

* El guaje es el fruto de la planta que lleva el mismo nombre, de cáscara dura y cuya forma es parecida a una vasija. Una vez vaciado de su interior tiene la ligereza y flotabilidad de un corcho.

El agua se lo llevó desde el atardecer. Había por ahí una gran cascada y el hombre fue impulsado como una ramita por la furia del río y, una vez que saltó, estuvo flotando en círculos largo rato, como flotan las ramas, hasta que la corriente decidió llevárselo más abajo, y siguió su viaje por el río. Pronto llegó a otra cascada, que lo aventó como la primera, y estuvo de nuevo flotando en círculos, hasta que el río se lo volvió a llevar corriente abajo. Se lo llevó durante toda la noche, ahora más despacio, y el hombre, medio desmayado, se movía apenas para no hundirse, dejando que el río lo llevara, sin fuerzas para alcanzar la orilla. Cuando amanecía pasó frente a un caserío y unas mujeres que lavaban ropa en el río lo vieron pasar y exclamaron:

—¡El agua viene arrastrando una persona!

Llegaron los hombres, buscaron una cuerda y lograron lazarlo un poco más adelante. Pudieron sacarlo entre todos y lo llevaron a una casa, donde lo acostaron, lo cubrieron con unas cobijas y ahí se estuvo dos días sin que le diera el sol.

Se alivió poco a poco y cuando recobró sus fuerzas empezó a trabajar con la gente que lo había sacado del agua. Era un hombre fuerte y trabajaba bien, la gente empezó a quererlo y él se fue quedando. Acabó la temporada de

lluvias, comenzó el frío y él seguía en ese lugar. Su esposa, sus hijos, todos sus familiares y amigos pensaban que se había muerto. En cuanto él, estaba a gusto donde estaba. A lo mejor el viaje en el agua lo había cambiado, vaya a saber. En ese lugar el río era tranquilo, pasaba despacio arrastrando cosas, como lo había arrastrado a él.

Cuando se iba a cumplir un año, sus familiares se dispusieron a correr su alma,* para que descansara en el más allá y no anduviera vagando ni espantando a los vivos. Llamaron al curandero para officiar el tránsito. Fue entonces cuando el nadador sintió deseos de regresar. Una tarde mientras miraba al río sintió por primera vez nostalgia de su esposa y de sus hijos, y al otro día, sin decir nada a nadie, se alejó del poblado, y cuando estuvo lejos de la última casa empezó a correr río arriba, rehaciendo el camino de la corriente que lo había llevado desde la sierra al llano.

Corría sin parar de día y de noche como un alma en pena, deteniéndose solo para recobrar el aliento, beber agua y comer cualquier cosa que encontraba en el camino.

* “Correr el alma del muerto”, o “correr al muerto”, o “levantar la sombra del muerto”, o “levantar la cruz” son expresiones que describen los rituales con que los parientes del difunto encaminan su alma hacia el reino de los muertos, para que deje de vagar sin rumbo y espantar a los vivos.

Conforme ascendía hacia la sierra el río perdía su calma, se encabritaba y aparecieron los primeros saltos de agua y, más adelante, las cascadas. Al quinto día empezó a reconocer los lugares donde había nacido y finalmente divisó el cerro desde el cual se dominaba el valle de su poblado. Subió al cerro y miró a lo lejos. Vio muchas fogatas encendidas fuera del pueblo y comprendió que estaban corriendo el alma de un muerto.

“¿Quién se habrá muerto?”, se preguntó. Estaba cansado y decidido de pasar la noche en el cerro y bajar al día siguiente al amanecer.

Bajó mientras clareaba. La gente que había dormido a la intemperie, junto a las hogueras, caminaba ahora rumbo al pueblo para la ceremonia de despedida del alma del difunto. Él se mezcló con ese gentío, hasta que llegó a su casa. Los primeros que lo reconocieron fueron sus hijos, que al verlo exclamaron:

—¡Ahí viene papá! —y corrieron a avisarle a su madre.

—¿Cómo que vieron a su papá? —preguntó ella.

—Pues ahí viene —dijeron los niños. Entonces se asomó. Era su esposo el que venía. La mujer se asustó, pero no dijo nada. Cuando el hombre estuvo a dos pasos, ya no tuvo dudas. ¡Era él! ¡No estaba muerto!

—Pasa —le dijo—. Entra a descansar.

El hombre entró a su casa. Le preguntó a su mujer:

—¿Qué están haciendo?

—Nos estamos curando.

Entonces vio afuera de su casa, junto a la fogata, a un curandero.

—¿Para qué? —preguntó

—Estamos corriendo tu alma. Creíamos que te habías muerto.

El hombre se acercó a saludar al curandero, este lo miró pero no abrió la boca y se limitó a mirarlo.

La gente que andaba por ahí empezó a reconocer al que daban por muerto y cuya alma iban a correr, y se acercaron a hablarle.

—Creíamos que te habías muerto porque te arrastró el agua —le decían—. Por eso estamos corriendo tu alma.

—Más bien lo que querían era comer —les dijo él—. ¿Dónde consiguieron toda esa carne?

—Matamos a tu toro —le contestaron.

—¿Ven? Eso es lo que querían hacer, matar a mi toro para comérselo.

Los otros se rieron y le preguntaron dónde había estado. Él les contestó que río abajo, no sabía bien dónde, muy lejos de ahí, donde el río corría muy lento. También les dijo

que una semana atrás había sentido por primera vez el deseo de regresar, porque extrañaba a su mujer y a sus niños, y al día siguiente se le había hecho ese deseo tan agudo que, sin pensarlo más, había dejado todo para venirse.

—Fue el curandero el que te trajo de regreso —dijeron los otros.

—¿Cuál curandero?

—El que llamamos para correr tu alma. Llegó justo hace una semana, se sentó por ahí con sus cosas y no se ha movido hasta ahora, que llegaste tú.

—¿Y dónde está? —preguntó—. Para darle las gracias.

—Estaba ahí —dijeron, y empezaron a buscarlo, pero no lo encontraron por ningún lado. Solo estaban las cosas con que curaba. Pensaron que se había regresado a donde vivía, porque no lo volvieron a ver.

Esto es lo que cuentan que ocurrió con el hombre aquel, el nadador de la ladera, al que el agua se lo llevó río abajo muy lejos, de salto en salto, como una ramita o una cosa de nada, y regresó justo a tiempo para que no corrieran su alma.

CUENTO DE UNA FAMILIA

Tojolabal-Chiapas

HABÍA UNA VEZ UN HOMBRE Y UNA MUJER QUE tenían cinco hijos varones. Eran muy unidos y se querían todos por igual. Un día del padre se reunió con sus cinco hijos y les dijo:

—Mañana se alistan temprano porque vamos a buscar unas plantas del monte para comer.

—¿Vamos a salir temprano, papá? —preguntaron los hijos.

—Sí, hijos, muy temprano.

Al otro día llegaron al monte y el padre les dijo:

—Muy bien, muchachos, ahora voy a utilizar mi machete para abrir brecha —y empezó a abrirse camino a machetazos en la vegetación cerrada. Los hijos lo seguían, pero el padre no se dio cuenta de que el camino que abría, en seguida se cerraba sus espaldas. Los hijos, asustados al comprender lo que pasaba, trataban desesperadamente con sus machetes de

abrir el nuevo camino para alcanzar a su padre, pero cada vez que lo abrían, se volvía a cerrar. Pasaron muchas horas tratando de abrir el camino, pero la vegetación les ganaba, cerrándose a espaldas de su padre, y este se perdió para siempre en la montaña.



LA ALERTA DE LOS GRILLOS

Zapoteco-Oaxaca



EN ALGÚN TIEMPO, EN EL PUEBLO DE LOS VALLES Centrales de Oaxaca, habitaba una familia de apellido Curiel. Todos vivían muy felices, aunque su forma de vestir era humilde y sus alimentos consistían en las cosechas del campo. Los tiempos pasaron y todo era prosperidad. Cada uno de los miembros de la familia cumplía con sus deberes y obligaciones, desde el más pequeño hasta los abuelos. Pero los tiempos cambiaron, se fueron las lluvias y dejaron de darse las cosechas que antes eran abundantes. Una noche de luna llena, a finales de octubre, la casa recibió el triste canto de la soledad de una gran familia de grillos. La abuela madre de la familia Curiel, conocedora de la naturaleza, no pudo contener las lágrimas y, muy triste, reunió a su familia y les dijo:

—A partir de hoy nuestra familia va a tener una desgracia, vamos a pasar un gran sentimiento.



Debemos prepararnos para lo que viene, no sé qué, ni cómo, pero los grillos nos están dando este anuncio.

La gran familia de grillos se contaba por miles, invadieron todos los rincones de la casa, muchos se abrieron al techo, otros debajo de las piedras y de los muebles. No dejaron de cantar y brincar en todas las habitaciones de la casa por algún tiempo. Después vinieron las desdichas y el sufrimiento: murió la madre abuela, después murió el padre abuelo, y los nietos con sus padres se fueron al extranjero. Lo dicho por la madre abuela se cumplió, hoy la casa está abandonada y ni siquiera los grillos la habitan. En el frío silencio de las noches se escuchan las pisadas de los abuelos que llegan a visitar la casa abandonada.



LAS OPORTUNIDADES PERDIDAS

Mazateco-Oaxaca

OCURRIÓ AQUÍ, EN LA AGENCIA DE LA SOLEDAD, a un tío de Bernardo, el mozo que sirve en la casa. Dice que venía de Ayautla, como a las siete de la noche, e iba llegando a su casa cuando un señor lo llamó. Era el Güero.*

—¿Qué quiere? —le preguntó el tío.

—Ven, hombre —le dijo el señor

Estaba oscuro y el tío prefirió no acercarse.

—¿Qué es lo que quiere? —volvió a preguntar.

—Ven —repitió el desconocido.

El tío tenía miedo, pero dio unos pasos hacia él.

—No temas, acércate —dijo el otro.

Se acercó, pero guardando la distancia, y vio una cueva.

El hombre estaba parado en la entrada.

—Acércate —volvió a decirle el hombre.

—¿Qué es lo que quiere?

* O sea el diablo. [N del a.]

—Cierra los ojos.

—¿Por qué voy a cerrar los ojos? —preguntó el tío.

—¡Ciérralos! —dijo el desconocido, levantando la voz.

El tío se limitó a parpadear, pero eso fue suficiente, y de golpe estaba dentro de la cueva, junto al hombre.

—Vente más para adentro —le ordenó este.

—Aquí estoy bien —dijo el tío.

—Te traje porque te quiero dar trabajo. Vas a trabajar conmigo.

—Ya tengo trabajo.

—Pero el que te voy a dar es mucho mejor, te pagaré muy bien.

—Donde trabajo estoy a gusto.

—Conmigo vas a ganar mucho dinero —dijo el señor—. Vas a cuidar a mis chivos, a mis puercos, a mis perros, a todos los animales del monte que hay allí, donde yo vivo. Y te daré tanto y tanto. ¿Qué te parece?

El tío lo pensó. Era mucho dinero.

—Está bien —dijo—, pero déjame ir a mi casa, si no me van a buscar.

—De acuerdo —dijo el hombre de la cueva—, ve a tu casa, pero antes cierra los ojos.

El tío cerró los ojos y sintió que ya estaba afuera de la cueva. Se dirigió a su casa y le contó a su mujer que un

señor le había contratado para cuidar a sus chivos, y que iba a ganar tanto y tanto.

—Está bueno —dijo la mujer.

—Solo vine a avisarte.

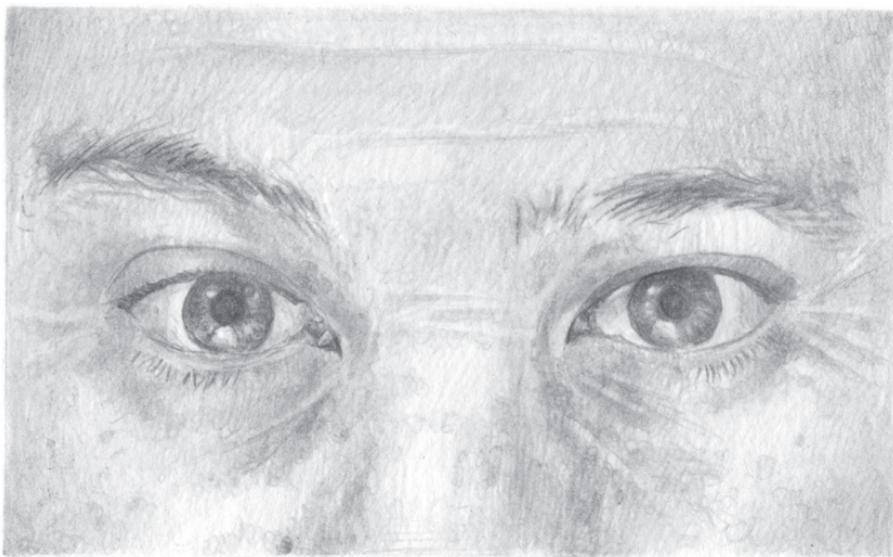
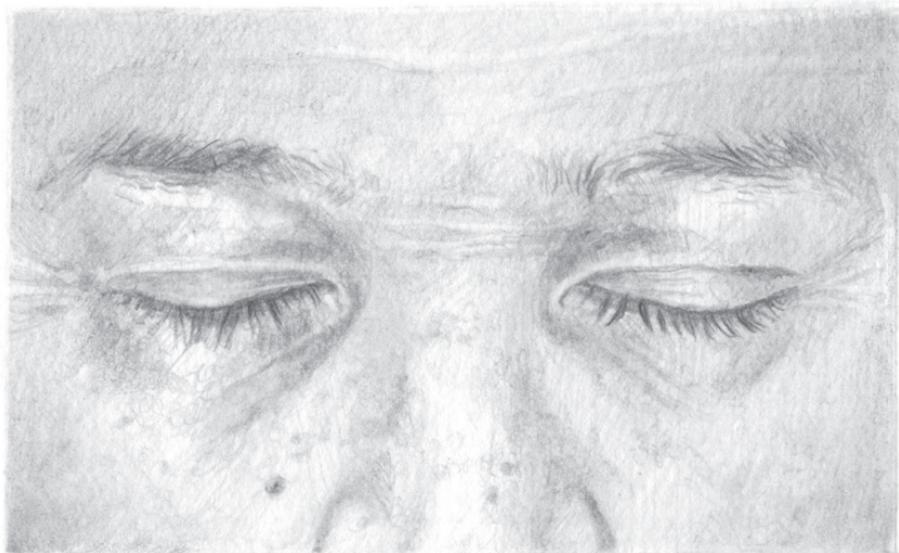
El hombre regresó a la cueva, pero no había nadie. Esperó al señor un par de horas, luego se fue. Eso pasó porque fue a contarle a su esposa. Debió haberse quedado callado.

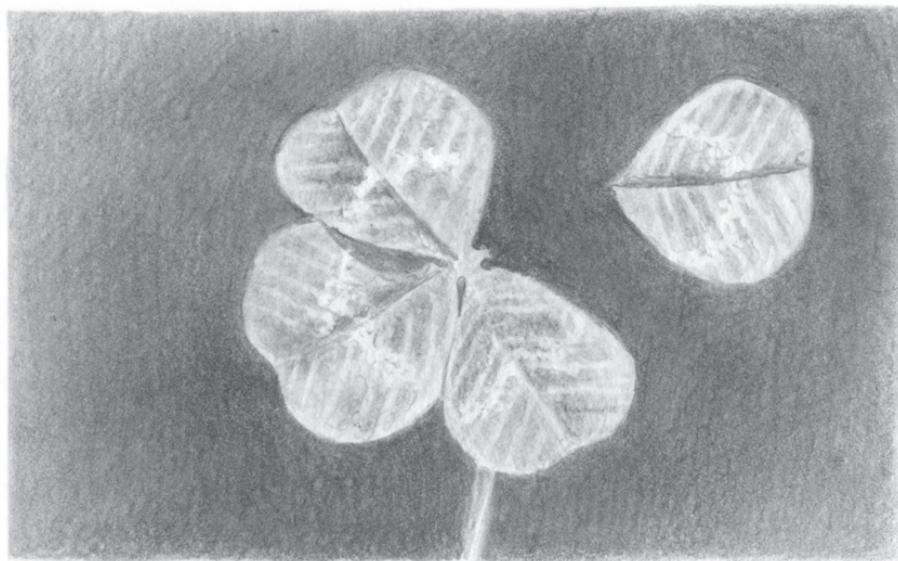
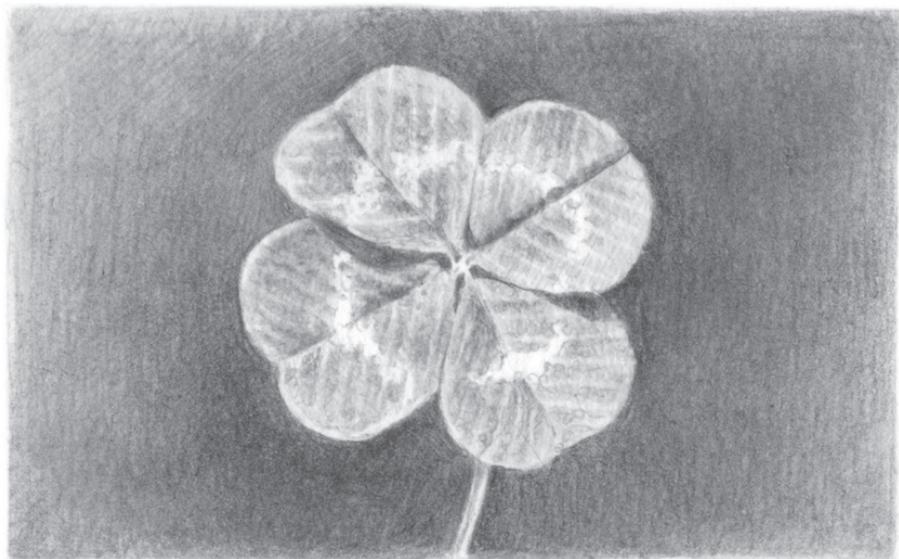
Pero a ese señor se le ofreció una segunda oportunidad. Tiempo después, siempre por los rumbos de Ayautla, se volvió a encontrar con el Güero, quien le dijo:

—Quiero que vengas a trabajar para mí.

—Está bien —dijo el tío—. Espérame aquí nomás me voy a cambiar.

Regresó a su casa, se cambió de ropa y fue al encuentro del desconocido. Pero este ya no estaba. Por estarse cambiando se le fue la suerte otra vez.



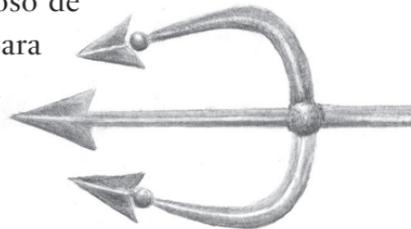


EL PUENTE DEL RÍO GRANDE

Español-Jalisco

HACE MUCHOS AÑOS, EN TIEMPOS DE LA Colonia, cuando los españoles andaban en nuestro país, allá por Zapotlanejo, se decidió construir un puente sobre el río.

Había allí un albañil de mucha fama y los españoles fueron a pedirle que hiciera el puente, pero el hombre estaba comprometido con otras cosas y de momento no podía ocuparse de la construcción. Los españoles insistieron, ofreciéndole muy buen dinero, y el hombre terminó por ceder. Pero como no podía abandonar sus otras labores, en seguida se arrepintió de haber aceptado. Ya era tarde para echarse atrás, el trabajo estaba hecho y le habían dado un fuerte adelanto. Así las cosas, llegó a la conclusión de que sólo había una manera de salir airoso de aquello: venderle el alma al Diablo para que él se hiciera cargo de construir el



puente. Así lo hizo, y ese día regreso a su casa cabizbajo y sin hablar. “¿Qué te pasa?”, le preguntó su mujer al verlo tan alicaído, y él le confesó la verdad. La mujer se asustó al principio, luego recobró la calma y le dijo:

—Tienes que ponerle al Diablo un plazo muy corto para que lo construya. Dile que tiene que terminarlo antes del amanecer.

—Es imposible, le di un plazo de una semana, no puedo decirle ahora que lo termine en una noche.

—Todo se puede negociar, y más con el Diablo. Dile que si lo acaba antes de que cante el gallo, se lleva tu alma y, de paso, la mía; de lo contrario, el trato queda cancelado.

El hombre fue al ver al Diablo y le dijo:



—Estamos en lo dicho, pero te propongo una pequeña modificación.

El puente tiene que quedar listo para mañana. Si está terminado antes de que cante el gallo, te llevas mi alma y, como gratificación, el alma de mi mujer. Si no lo logras, no te llevas nada.

—Trato hecho —le dijo el Diablo, que vio la posibilidad de llevarse dos almas en lugar de una—. ¡A la obra!

Llamó a todos los diablos del infierno y empezaron a construir al atardecer. Aquello era un hervidero de demonios trabajando, unos cuernuditos, otros peluditos y otros más coludos, que iban y venían en la oscuridad, cargando piedras y levantando primero un arco, luego una barda, después un parapeto, y enseguida otro arco, otra barda y otro parapeto. El albañil y la mujer miraban preocupados cómo iba creciendo el puente, hasta que, faltando poco para el amanecer, sólo faltaban unas cuantas piedras para que quedara concluido. Entonces la mujer fue a traer una gallina que estaba dormida y se la presentó al gallo, para que cantara. Tan pronto como vio la gallina, el gallo profirió un sonoro ¡qui quiri quííí!

Al oírlo los diablos que traían las últimas piedras, las soltaron y huyeron corriendo para escapar de la luz del día.

El puente de Zapotlanejo todavía existe y puede verse que le faltan unas pocas piedras. Gracias a esas pocas piedras que faltan, el albañil y su mujer se salvaron de entregarle el alma al Diablo.

HABÍA UNA VEZ UN CURA

Español-Nuevo México

HABÍA UNA VEZ UN CURA QUE TENÍA LA COSTUMBRE de desayunar pollo, algunas veces al horno, a veces frito y otras en caldo. Antes de officiar la primera misa le indicaba a la cocinera del convento cómo quería que se lo guisara ese día. Pero una mañana se retrasó más que de costumbre y, por la prisa que llevaba, fue a decir misa sin haberle dejado ninguna indicación. La pobre mujer, preocupada, corrió a la iglesia, buscó al sacristán y lo puso al tanto del asunto.

—Espérame aquí —le dijo el sacristán—, ahora le pregunto.

—¿Pero cómo le va a preguntar si el padre está diciendo misa? —exclamó la mujer.

—Voy a ver cómo le hago —contestó el sacristán. Entró en la iglesia por la puerta principal y se mezcló entre los feligreses, colocándose en la primera fila para que el padre lo



viera. El momento oportuno llegó cuando este, levantando los brazos y vuelto hacia los fieles, pronunció las palabras “Dominus Vobiscum”. Sus ojos se posaron en la figura del sacristán, que entonó solemnemente estas palabras como réplica: “¿Cómo quieres el pollorio? ¿En caldorio, en chilorio o en fritorio?”.

El padre, siempre con los brazos levantados y dirigiéndose a su rebaño de fieles, empezó a cantar:

—¡Que el conventorio me haga el pollorio en fritorio con cebollorio, saecula saeculorum!

El sacristán se retiró discretamente y fue a la sacristía a comunicarle a la angustiada cocinera cómo el padre quería el pollo.

EL MUNDO DESFONDADO DE LA RATA CANGURO

Kiliwa-Baja California Norte

ANDABA PORAHÍ UNA RATA CANGURO ESCARBANDO la tierra, cuando se le acercó una zorra hambrienta y le dijo que se la quería comer porque tenía mucha hambre. La rata canguro, ante tal anuncio, en vez de ponerse a temblar, le dijo a la zorra: “¿Estás loca? ¿Cómo que me quieres comer? ¿Acaso no sabes lo que estoy haciendo?”. “¡No! —respondió la zorra—, lo único que sé es que tengo hambre y que te voy a comer.” La rata canguro, casi interrumpiendo a la zorra, dijo: “¿Pero no ves que estoy escarbando la tierra?”.

Entonces la rata canguro, poniéndose muy seria, exclamó: “¡Ah, qué zorra más tonta! Hazme el favor de acompañarme con la culebra para que te enteres de una buena vez qué estoy haciendo aquí!”.

La zorra dijo: “Pues vamos, y después te como”. Llegaron con la culebra y la rata canguro, después de hacerle a la



culebra una señal de entendimiento, le dijo: “A ver, culebra, ¿no es cierto que la tierra se está desfondando? ¿No es cierto que estoy buscando en la tierra el lugar en donde se está haciendo el desfondamiento?”.

La culebra asintió, agregando: “¡Es cierto, y también el águila lo sabe!”.

La rata canguro llevó a la zorra con el águila, a la que le preguntó lo mismo. El águila respondió igual que la culebra y agregó: “¡Es cierto, y también la lagartija lo sabe!”.

La rata canguro llevó a la zorra con la lagartija y le preguntó lo mismo, la lagartija respondió igual que la culebra y que el águila, agregando: “¡Es cierto, y también el león lo sabe!”.

La rata canguro llevó a la zorra con el león y le preguntó lo mismo, y este respondió igual que la culebra, el águila y la lagartija, y añadió: “¡Es cierto, y también el tecolote lo sabe!”.

Entonces la rata canguro llevó a la zorra con el tecolote, y le preguntó lo mismo, y el tecolote respondió igual que la culebra, el águila, la lagartija y el león, y agregó: “¡El mundo se está desfondando!”.

La zorra se asustó mucho y le dijo al tecolote: “Si el mundo se está desfondando, ¿para qué sirve el trabajo de la rata canguro?”.

El tecolote le respondió: “¡Que la rata canguro te lo diga!”.

La rata canguro explicó: “La tierra se está desfondando, yo estoy cavando para ver dónde está el desfondamiento y avisarles a mis amigos la culebra, el águila, la lagartija, el león y el tecolote, porque los que no lo sepan, se van a desfondar junto con el desfondamiento”.

La zorra, espantada, le dijo a la rata canguro: “¡No seas mala, ratita, avísame a mí también, para no desfondarme con el desfondamiento!”. La rata le dijo que con mucho gusto, pero que era necesario apresurar los trabajos y seguir excavando para encontrar el desfondamiento antes de que todo se desfondara. La zorra reconoció que así debía ser, por lo que soltó a la rata canguro, quien apresuradamente se metió en su agujero y se escapó por otra salida.

PERRO TOPIL

Náhuatl-Región no especificada

DESDE HACÍA MUCHO TIEMPO ALGUNOS HOMBRE hacían sufrir a los perros, así que los perros decidieron escribirle una carta a Tláloc para que el dios viera el modo de evitarles tanto sufrimiento. Después de escribir la carta al dios buscaron a un perro topil, o perro mensajero, y le dijeron:

—Vas a llevar una carta muy lejos, para lo cual deberás atravesar ríos, subir y bajar cerros, cruzar bosques y defenderte de innumerables peligros.

—Está bien —aceptó el perro topil.

Surgió entonces otra preocupación: ¿en qué parte de su cuerpo iba a llevar el mensaje? Si lo llevaba en el hocico o en las patas, lo perdería cuando tuviera que defenderse. Entonces habló el perro más anciano:

—Ese recado puede ir más seguro si lo guarda en su ano.

Dicho lo cual, se lo metieron ahí y el perro salió a cumplir su encargo.

Han pasado muchos años y el perro no ha regresado con la respuesta. Es por eso que cada vez que los perros se encuentran, se huelen el ano, para ver si no es el que trae la respuesta, o para castigarlo si todavía no ha llevado el mensaje, o si trae la contestación pero no la ha entregado.

LA DUEÑA DEL MAÍZ

Zoque-Chiapas

HACE MUCHOS AÑOS HABÍA UNA MUJER QUE ERA la Dueña del maíz. Cuando fue tiempo de cosechar los elotes le dijo a su marido:

—Trae unos elotes de la milpa, que ya es época.

—Cómo no —le dijo su marido, pero no le llevó nada y ella le preguntó:

—¿Por qué no trajiste los elotes que te pedí?

—Todavía no están buenos, hay que esperar un poco.

Pasaron unas semanas y la Dueña del maíz le dijo a su esposo:

—Ahora sí han de estar buenos los elotes, a ver si te traes unos para la cena.

—Sí —contestó su marido, pero otra vez no le llevó nada, y le dijo—: Ya no están buenos, ya se pasaron, será para la próxima cosecha.

Y así la engañaba cada año. Cuando llegó la siguiente cosecha la señora pensó: “Ahora que empiece la época de los elotes le pediré a mi marido que me traiga algunos, y si no me los trae, iré yo por ellos”.

Le pidió unos elotes para la cena, y el marido le contestó que se los iba a traer, pero cuando volvió de sus labores le mintió de nuevo:

—Todavía no están, hay que esperar un poco.

—Está bien —dijo ella, y al otro día, sin pensarlo más, fue a la milpa a recogerlos. Como suponía, los elotes estaban listos para comer, recogió muchos de ellos hasta llenar un costal, y los llevó a su casa. Con ellos preparó los elotes cocidos, tamales y atole. Cuando llegó su esposo le preguntó dónde había conseguido esos elotes y ella le contestó que había ido a recogerlos a la milpa.

El marido se enojó mucho:

—¿Quién te dio permiso para recogerlos?

—Como nunca me traes, me cansé de pedirte los y fui por ellos —respondió la mujer—. Tú siempre me engañas, diciendo que todavía no están buenos o que ya se pasaron, así que no me quedó más remedio que ir yo misma.

De tan enojado que estaba el marido, tiró los tamales y elote que le había servido su esposa y le gritó:



—¡Te largas ahora mismo de esta casa para que aprendas a no a recoger elotes sin mi permiso!

La mujer se puso muy triste y pensó: “Me está corriendo y me voy a ir, pero la milpa es mía, como es mío el maíz. A ver qué hará mi esposo, porque el maíz se va conmigo”.

Y al otro día la Dueña del maíz se fue de la casa.

Pasando un tiempo su marido volvió a sembrar maíz, pero no cosechó ni una mazorca, porque el maíz había desaparecido. No solo el maíz del marido sino todos los maíces habían ido a dar a un cerro encantado, donde la Dueña del maíz se encerró con ellos. En toda la región nadie cosechó un solo elote y la gente y los animales empezaron a pasar hambre. Buscaron el maíz por todas partes, pero nadie daba con él. Por fin, después de largas búsquedas, las hormigas arrieras hallaron una pequeña abertura en el cerro encantado y lo encontraron.

Los otros animales trataron de ensanchar la abertura por todos los medios. El cangrejo, el caballo, el toro, el guajolote, la cucaracha, el propio hombre: todos lo intentaron pero nadie pudo, porque la roca era durísima. ¿De qué le servía haber encontrado el maíz si solo las hormigas podían tomarlo? Por más que su número era enorme, cada una solo podía transportar un grano de elote a su espalda y en ese viaje tardaban un montón de tiempo, sin contar que debían alimentarse ellas mismas. Si los animales hubieran

esperado que las pobres arrieras sacaran todo el maíz del cerro, se habrían muerto de hambre.

Fue entonces cuando aparecieron los pájaros carpinteros, que empezaron a gritar así: “¡Tsjia, tsija!”.

—¿Qué querrán decirnos? —se preguntaron los hombres y los animales.

Por fin comprendieron. Los pájaros carpinteros habían golpeado con sus picos todo el cerro hasta encontrar el punto más blando, que estaba en la cima. Fueron todos allí a ver si lograban romper la roca, pero tampoco esta vez pudieron. Entonces a alguien se le ocurrió pedirle ayuda al rayo. Fueron hablar con él y el rayo les dijo:

—Miren, yo con mucho gusto les ayudo, pero necesitan limpiar el cerro. Tiene que estar bien limpio para que yo pueda trabajar.

Los animales se reunieron de nuevo en asamblea.

—¿Cómo vamos a limpiar el cerro? Es una montaña enorme. Hay que quitar los árboles, la maleza, la basura, todo. Antes de terminar de limpiarlo ya estaremos muertos de hambre.

Entonces alguien se le ocurrió llamar al viento. Fueron a verlo y le dijeron:

—El rayo nos va a ayudar a romper la roca del cerro, pero quiere que antes esté bien limpio. Nosotros tardaríamos



semanas en limpiarlo, en cambio tú lo puedes hacer en unas cuantas horas.

El viento se mostró dispuesto a echar una mano, pero les dijo a los animales:

—Si quieren que limpie el cerro, tienen primero que arreglar sus casas y reforzarlas lo mejor que puedan, porque no van a aguantar de pie cuando yo empiece a soplar.

La gente y los animales empezaron a arreglar sus casas y las reforzaron con piedras y maderas para que el viento hiciera su trabajo. El viento empezó a soplar despacio y fue aumentando hasta convertirse en un huracán, que arrancó todos los árboles hasta dejar el cerro liso como una mesa.

—Ya hice mi trabajo —dijo el viento, y se retiró.

Fueron a llamar de nueva cuenta al rayo.

—El cerro está listo —le dijeron.

—Para que realice mi trabajo necesito que todo el mundo desaloje el lugar, hombres y animales, porque de lo contrario se van a morir.

Ni tardos ni perezosos, todos los seres vivos que mero-deaban en el cerro se retiraron a una respetable distancia y desde ahí se dispusieron a observar la faena del rayo. Este tronó durante un día entero sobre la cima del cerro hasta que logró romper la roca y, una vez que lo hizo, fue ensanchando el agujero para que se pudiera entrar y agarrar el

maíz a manos llenas. Cuentan que cuando se abrió el cerro el rayo se asomó a mirar para ver qué tanto maíz había, un pájaro que estaba dentro le picó los ojos, dejándolo ciego, por eso ahora cae sobre la tierra a tontas y a locas, matando a cualquiera que ande por ahí desprevenido, y ya nadie le pide favores. Pero fue gracias a él que los hombres y los animales pudieron comer de nuevo.

LOS ENANITOS

Tepehuano del sur-Durango

HABÍA UN HOMBRE QUE QUERÍA SABER QUÉ SE sentía volar como las aves. Encontró al águila real y le pidió que le prestara su chamarra para andar en las alturas, por donde ella andaba. El águila dijo que estaba bien y se la prestó, pero le advirtió que tuviera cuidado y que no volara muy alto, porque acabaría muy lejos y no sabría cómo regresar. El hombre le prometió que así lo haría, pero tan pronto como despegó del suelo olvidó esa advertencia y se elevó por los aires hasta muy arriba. Cuando bajó, se halló muy lejos de su tierra. Era un mundo desconocido, diferente de todo lo que había visto, empezando por la gente, que eran enanos. Les pidió permiso para quedarse a vivir con ellos y le dijeron que sí, aunque le advirtieron que era un lugar peligroso, porque de noche se llenaba de pulgas. El hombre les dijo que las pulgas lo tenían sin cuidado y que acostumbraba matarlas con un dedo.

—¡Serán pulgas muy pequeñas las que conoces! —le dijeron los enanos—. Aquí son muy grandes, y ni tú, que eres el doble de nosotros, podrías matarlas con un dedo. Desde que nos visitan en las noches no podemos dormir dentro de nuestras casas, sino afuera, en los techos.

—Pues entonces me armaré de un palo —les dijo el hombre, y esa noche, cuando se fue a acostar, puso un palo junto a su cama.

Más tarde lo despertaron unas voces que gritaban:

—¡Las pulgas! ¡Las pulgas!

Pegó el oído, oyó un ruido como de brincos y poco después tocaron a la puerta. No fue a abrir, entonces golpearon la puerta hasta derribarla y dos pulgas enormes se dejaron caer en su cuarto. Rápidamente agarró el palo y mató a la primera, golpeándola en el cuello. Hizo lo mismo con la segunda, pero enseguida llegaron otras. Se colocó entonces a un lado de la puerta y cuando una pulga asomaba su enorme cabeza en el cuarto, le asestaba un tremendo golpe en el cuello, decapitándola en el acto. Así fue matándolas a todas y el resto de las pulgas huyó.

Por la mañana, cuando la gente bajó de los techos, vieron aquel tiradero de pulgas y fueron a ver al hombre para preguntarle qué había pasado.

Afuera de su casa, junto a la puerta, se amontonaban los

cadáveres de decenas de pulgas descabezadas.

—Pues las maté con éste —les explicó mostrándoles el palo—, y el resto huyó.

Los enanos estaban asombrados y contentos, pero su alegría les duró muy poco.

—Las pulgas no son las únicas que nos atacan —dijeron—. También están los “ajis”.

—¿Qué son? —preguntó el hombre.

—Son animales grandes que vuelan y tratan de comernos. Para protegernos nos ocultamos dentro de estos canastos —y le mostraron unos grandes canastos de mimbre que él ya había visto regados por todo el pueblo.

Al rato se oyó como un aleteo, que fue aumentando y llenó el aire con un sacudimiento sordo.

—Ahí vienen —dijeron los enanos y todo el mundo corrió a ocultarse debajo de los canastos. Aparecieron unas aves parecidas a guajolotes, que aterrizaron torpemente y empezaron a buscar a los enanos, golpeando los canastos con sus picos para voltearlos. El hombre agarró su palo y empezó a blandirlo frente a esos pajarracos, que retrocedieron asustados. Pero juntaron valor y se acercaron, rodeándolo. Cuando el hombre tuvo al primero a su alcance, lo golpeó con todas sus fuerzas a la altura del cuello y le voló la cabeza. Hubo un alboroto ensordecedor entre los “ajis”, que

retrocedieron y luego, otra vez, poco a poco, lo rodearon de nuevo. Pero el hombre no se amedrentó, hizo girar el palo como aspas de un molino y, ¡cuello que encontraba, cabeza que tronchaba! Al final, como vieron que era demasiado diestro se amilanaron y, uno tras otro, como no queriendo la cosa, fueron alzando el vuelo y abandonaron la aldea.

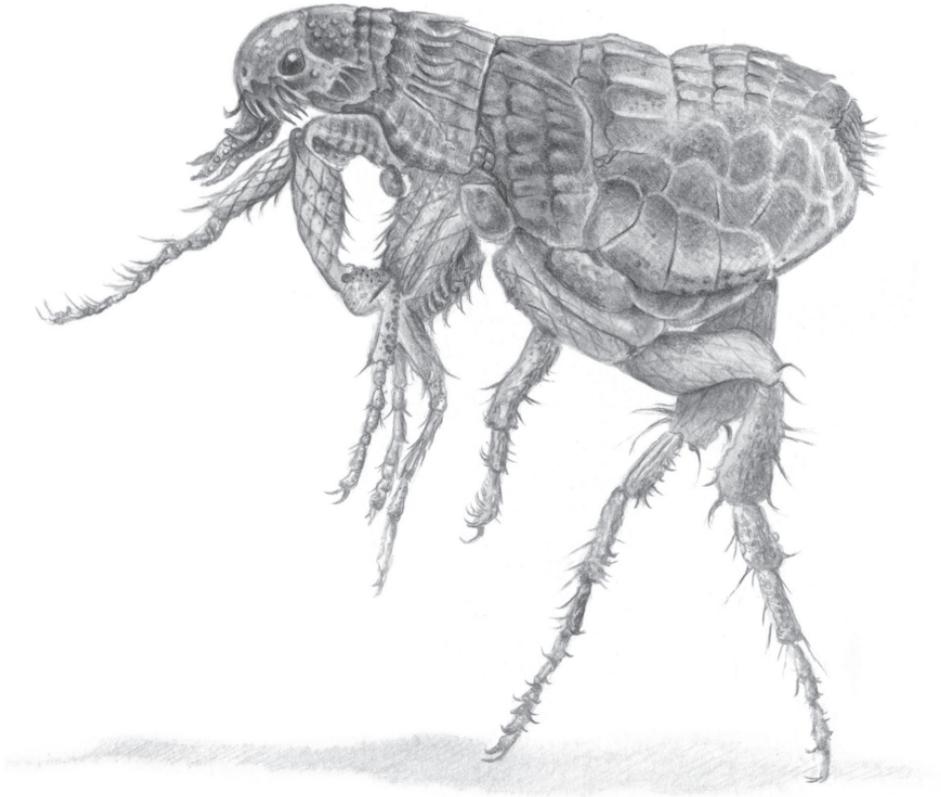
Al día siguiente, por primera vez en muchos meses, no se aparecieron en el cielo y esa noche tampoco hicieron aparición las enormes pulgas. Pasó una semana, luego un mes, y los enanos, al ver que ya no corrían peligro, regresaron a dormir al interior de sus casas.

—Nos has librado de nuestros peores enemigos —le dijeron, y le pidieron que se quedara a vivir para siempre con



ellos, pero el hombre tenía ganas de volver a su tierra, porque extrañaba a su mujer y a sus hijos. Los enanos lo entendieron y le prestaron bastante comida para su viaje de vuelta.

Esta vez no quiso volar, porque tenía miedo de perderse de nuevo si se elevaba demasiado. Regresó caminando



y fue un viaje lleno de peligros a través de sierras, cañadas, ríos y desiertos.

“No puedo creer que haya volado tan lejos en tan poco tiempo”, se decía a cada rato.

Cuando después de varios meses llegó a su tierra, el águila lo estaba esperando.

—Sabía que te habías perdido —le dijo—. Desde que te levantaste del suelo supe que te elevarías demasiado. ¿Por qué regresaste a pie?

—Porque tenía miedo de que me pasara lo mismo. Fui a dar muy lejos de aquí. Mira, aquí está tu chamarra, ya no la necesito.

El águila, que había perdido la esperanza de volver a ver al hombre, agarró su chamarra y, al ponérsela, comprobó con sorpresa que estaba en buen estado.

—Puesto que me vine caminando y en el lugar donde estuve no la usé nunca, está tal cual me la diste —le explicó el hombre.

Fue así como el águila real, luego de meses de no poder levantarse ni un centímetro de la tierra, volvió a despegar, y subió lo más alto que pudo, ahí donde ya era invisible desde la tierra, porque las águilas, por más que se elevan, jamás se pierden.

EL TLACUACHE Y EL TAPIR

Español-Oaxaca

CANSADO DE PERSEGUIR A UNA PARVADA DE perdices el tlacuache se recuesta en un claro del bosque, resignado a no haber conseguido ninguna pieza de caza en todo el día. Al fin lo vence el sueño con las tripas gruñéndole por el hambre. Empieza a soñar que ha capturado a varias perdices y que las devora a todas. Sueña que atrapa a muchas gallinas del monte y que las esconde en la maleza para comérselas más tarde, cuando tenga otra vez hambre. Contento de tener tanta comida, se va trotando por ahí y entonces aparece un puma que salta sobre él y se lo traga entero. Se ve en el sueño adentro del cuerpo del puma, sin saber qué hacer, y piensa que tiene que salir de ahí, de lo contrario no tardará en morir. En eso, le llega el olor de otro animal que el puma se había comido.

“Bueno —se dice el tlacuache—, por lo menos tengo algo que comer”, y empieza a comerse al otro animal. Una vez

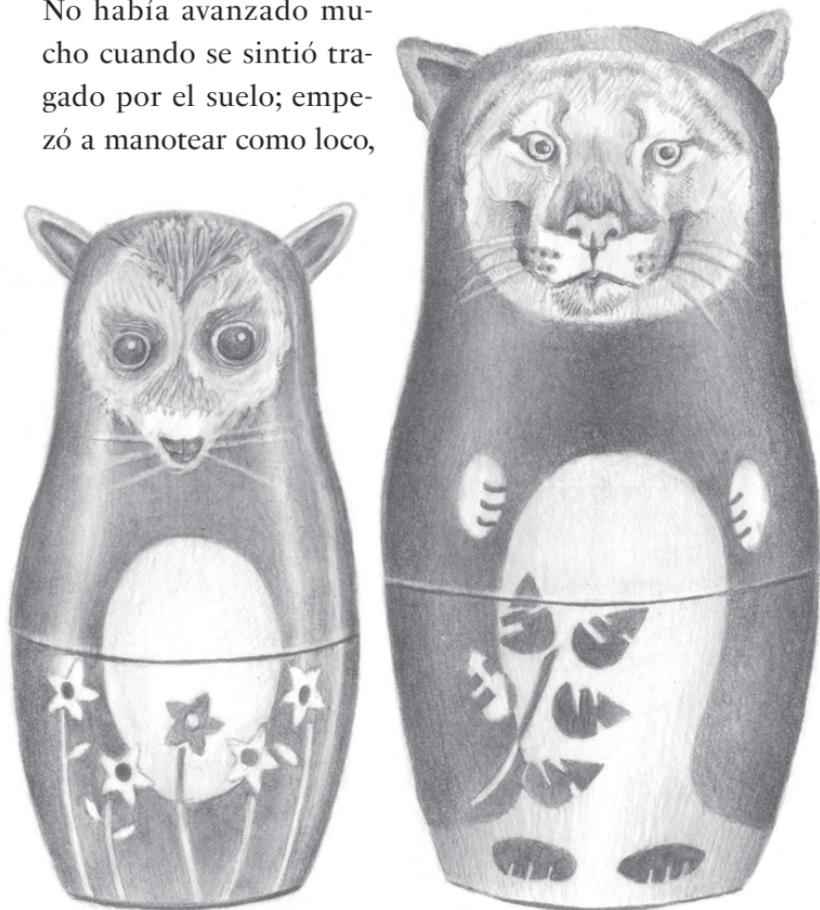
que termina de comérselo se pregunta: “¿Qué haré ahora?”, y después de mucho pensar concluye que está rodeado de capas de carne y que también esa carne puede comerse, así que comienza por adentellar el estómago del puma desde dentro y, cuando se siente completamente satisfecho, se recuesta a digerir la comida. “La verdad de las cosas —se dice mientras le gana el sueño—, si no fuera por la oscuridad y porque casi no se puede mover uno, acá dentro no se está nada mal, se come sabroso y hace calorcito”. Se le cierran los ojos cuando de pronto lo sobresaltan unos fuertes movimientos. “¿Y ahora qué pasa?”, se pregunta.

No sabe que el puma, no aguantando el dolor de sus dentelladas, se ha desbarrancado por un precipicio. Después de varias sacudidas sobrevino una gran calma. El puma ya no se movía. “Aquí adentro estoy seguro, pero ya es hora de que salga, porque está empezando a hacer frío”, se dijo el tlacuache, y empezó a desgarrar el interior del puma, hasta que logró abrirle el vientre. Pero por esa abertura empezó a entrar mucha agua y en cosa de minutos el tlacuache estuvo a punto de ahogarse. Comprendió que el puma se había caído a un río. Entonces, con un último esfuerzo consiguió ensanchar la



abertura, metió la cabeza y salió el animal, que estaba muerto y flotaba llevado por la corriente. El tlacuache nadó hacia la orilla y ahí se quedó quieto, agotado y muerto del susto.

Cuando se recobró, caminó tambaleante hacia la selva. No había avanzado mucho cuando se sintió tragado por el suelo; empezó a manotear como loco,



pero cada esfuerzo que hacía lo hundía más. Había caído en un pantano. “¡Ahora sí me voy a morir!”, se dijo, y aspiró la que pensó que sería la última bocanada de aire, luego cerró los ojos y se sintió transportado suavemente a un lugar lejano. Entonces pensó: “Después de todo, morir no es tan feo como pensaba”. En realidad, algo grande había surgido del fondo del pantano y lo estaba transportando hacia la orilla. Al principio no entendió qué era porque el extraño animal estaba completamente cubierto de barro; luego, ya en la orilla, vio que estaba encima de un tapir y sintió repugnancia. Dio un salto para pararse frente al animal y le dijo: “¡Qué aspecto horrible tienes! ¡Estás lleno de lodo! ¡De solo mirarte me dan ganas de vomitar!”. El tapir le contestó: “Si tanto te molesta verme así, te devuelvo adonde te recogí para que veas lo bonito que se siente. ¡Y mírate! Estás más enlodado que yo”.

Al mover su cola, el tlacuache se dio cuenta de que el tapir tenía razón: él también estaba cubierto de lodo. Miró hacia el estanque, donde había estado a punto de ahogarse, y le dijo al tapir: “Si de ahí me sacaste, prefiero seguir donde estoy. Por un momento te vi feo, pero ahora me doy cuenta de que soy igual de feo que tú”, y al decir esto se despertó de su sueño, miró a su alrededor y, recordando que no había comido nada, reanudó tranquilamente su camino.

LA REACCIÓN DE LOS ANIMALES CUANDO NACE UN NIÑO

Mazahua-Estado de México

DICEN LOS VIEJOS QUE CUANDO NACE UN NIÑO los animales reaccionan de maneras diferentes. El gato, que está siempre en casa, es el encargado de avisar a los demás animales si el recién nacido es niño o niña. Cuando es niño, el gato va y se lo cuenta a los pajaritos, que se ponen felices, y dicen: “Qué bueno que es niño, porque cuando crezca va a sembrar la tierra y nosotros podremos comer las semillas”. En cambio, si el recién nacido es una niña, los pajaritos dicen: “Una mujer no sabe trabajar la tierra, no sabe sembrar y nosotros no tenemos nada de comer”. Cuando el coyote se entera de que ha nacido un niño, se enoja mucho, porque dice: “Cuando ese niño sea hombre me va a lanzar a los perros y procurará matarme a como dé lugar. ¡Ojalá se muera antes de llegar a adulto!”. En cambio, cuando nace una niña, el coyote se alegra y dice: “Qué

bueno que fue una niña. Cuando crezca va a criar pollos y no faltará el día en que se le olvide encerrarlos en el corral, y yo podré comerlos”. Por su parte, al ratón le da igual que sea niño o niña, porque dice: “Si el nuevo ser es un niño, cuando crezca se pondrá a sembrar y yo podré comer, porque al juntar el maíz dejará unos granos tirados por ahí y yo podré alimentarme con ellos. Y si es niña, va a moler el maíz y siempre dejará una pequeña cantidad en el metate, de la que podré alimentarme. Así que a mí me da lo mismo: hombre o mujer, siempre tendré qué comer”.

JUAN Y EL ESPEJITO DE LA VIRTUD

Chontal-Tabasco

HABÍA UNA VIEJITA QUE VIVÍA CON SU HIJO. Como eran pobres, la viejita mandaba a su hijo a buscar leña. Juan siempre obedecía, pero no traía leña, sino corteza.

Su madre lo regañaba:

—Juan, ¿por qué no traes leña buena?

—Porque cuesta trabajo cortarla, en cambio la corteza se quita fácil.

En la cañada había una enorme laurel cuya corteza se desprendía muy fácilmente, así que Juan se encarnizaba con él más que con los otros árboles. Hasta que un día el laurel habló:

—¿Por qué me quitas mi protección? Ahora que venga el norte voy a sufrir sin mi corteza y es probable que me muera. Si dejas de quitármela, te daré un regalo.

—¿Qué regalo?



—Abajo de la corteza que está en la base de mi tronco encontrarás un espejito. Llévatelo, y a la hora que quieras le hablarás así: “Espejito, espejito, quiero que llenes mi casa de leña”. Al instante se te cumplirá ese pedido y cualquier otro que se te ocurra, porque es un espejo de virtud.

Juan regresó contento a su casa y su madre le preguntó:

—¿Trajiste leña?

—No traje, pero dentro de poco vendrán a traernos toda una bestia de ella.

—¿Cómo crees que vamos a poder pagarla, hijo?

—No tendremos que pagarla —y, dicho eso, fue a su cuarto, se tiró en la hamaca, sacó el espejito y dijo—: “Espejito, espejito, quiero que me traigas una bestia de leña”.

Al poco rato llegó un señor con una carga de leña repartida entre una docena de mulas, la descargó frente a su casa y se fue sin decir palabra.

Tenían leña para un año y su madre no podía creerlo.

—¿Cómo pudiste comprar tanta leña, hijo?

Pero Juan la dejó hablando sola, porque se había metido otra vez a su cuarto, donde volvió a sacar el espejito y le dijo estas palabras: “Espejito, espejito, quiero que me traigas mucho de comer”.

Se bajó de la hamaca, salió del cuarto y entró en la cocina, donde la mesa se había llenado de toda clase de alimentos. Su madre, que todavía no salía del asombro por la carga de leña, esta vez no preguntó nada y empezó a guardar apresuradamente aquella abundancia en cuanta alacena y despensa había en la casa.

Juan, entonces, salió a caminar, satisfecho de que por primera vez sobraban en su casa la leña y el alimento.

Al poco rato encontró a una muchacha que le gustaba mucho, pero que tenía novio, y se puso a hablar con ella. Para presumir le contó del espejito de virtud que tenía y lo sacó del bolsillo para mostrárselo. Cuando se despidieron, ella le dio un abrazo y un beso. Juan se fue todo contento a su casa, pero cuando llegó y se tocó el bolsillo del pantalón, vio que el espejito ya no estaba. Se llevó las manos a la cabeza y exclamó:

—¡Me lo robó esa muchacha cuando me dio el beso!
¡Soy un estúpido!

Al otro día fue a la ciudad, donde encontró a una viejita que traía un gato en un costal.

—Le vendo mi gato, joven, porque ya no tengo qué comer —le dijo la anciana.

Juan se apiadó y le compró el gato. De noche buscó una posada para dormir y le dijeron:

—Aquí en el ayuntamiento hay una casa grande donde no vive nadie. Puede pasar la noche ahí.

Lo que no le dijeron, porque en esa ciudad les caían mal los forasteros, era que estaba llena de ratas y esas ratas comían gente. Bajaban de algún sitio, llenaban la casa y al otro día no quedaba del cristiano más que los puros huesos.

Juan agradeció la información y se dirigió a la casa abandonada. Cuando llegó ahí prendió una vela y se echó a dormir en un rincón. Más tarde lo despertó un ruido. Toda la casa crujió de los cimientos al techo, se puso de pie y las vio: cientos de ratas habían entrado a su cuarto. Comprendió que se disponían a atacarlo, así que rápidamente agarró el costal, lo abrió y liberó al gato, que al verse rodeado de ratas arqueó el lomo y maulló con furia. Las ratas, sorprendidas, retrocedieron y se dieron a la fuga. El gato, a quien semanas de hambre habían vuelto feroz como un tigre, empezó a perseguirlas y a matarlas a zarpazos. Entonces Juan escuchó una voz:

—Está bien, amarra a ese gato del Demonio antes de que acabe con mi gente.

—¿Quién me habla? —preguntó Juan, mirando hacia el techo, de donde venía la voz.

—Soy el rey de las ratas —respondió la voz.

—Pues lo siento, mandaste a tu gente a atacarme y ahora no me pidas clemencia, que no estoy de humor para eso.

—¿Por qué? —preguntó la voz.

—Porque me robaron mi espejo de virtud.

—¿Quién te lo robó?

—Una muchacha traicionera.

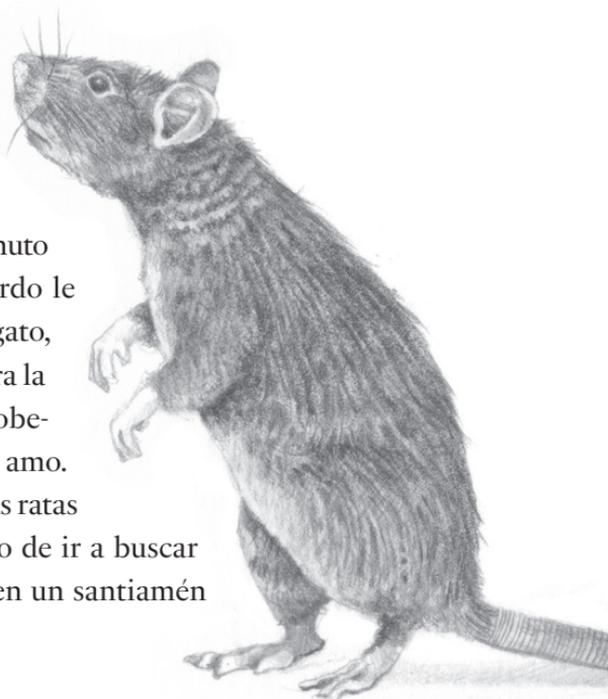
—Si le ordenas al gato que ya no mate a mis ratas, te ayudaré a encontrarlo. Palabra de honor.

—¿Y cómo lo vas a encontrar?

—Ellas lo encontrarán. Son miles, cientos de miles, y lo buscarán hasta el último rincón de la comarca. Pero tú tienes que devolverles la vida a las que están muertas.

Juan lo pensó un minuto y decidió que el acuerdo le convenía. Le gritó al gato, ordenándole que dejara la matanza, y el felino, obediente, regresó con su amo.

Entonces el rey de las ratas dio orden a su ejército de ir a buscar el espejo de virtud, y en un santiamén la casa se vació.



Se esparcieron por todos los caminos, y en cada poblado entraban en las casas y hacían trizas lo que les salía al paso —cartón, ropa, madera— para colarse en los rincones, en las tuberías, adentro de los muebles, buscando el espejo de Juan.

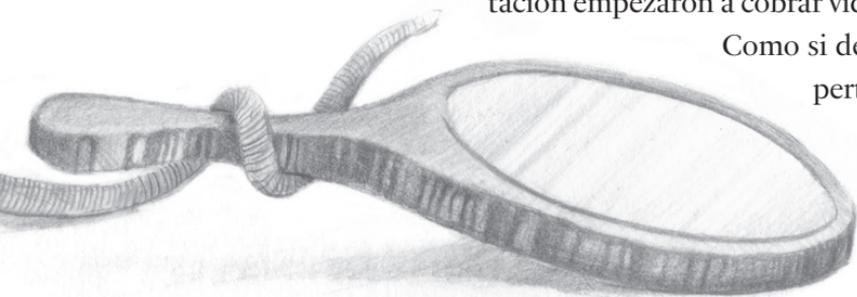
De tanto en tanto encontraron a un señor que se estaba bañando. Una de las ratas se fijó en un cintillo que le salía de la bolsa del pantalón, y cuando el hombre se inclinó para mojarse la cabeza, dio un salto para agarrar el cintillo, jaló de él y el espejito salió del bolsillo. La astuta rata lo agarró con los dientes y, junto con sus compañeras, se fugó para ir a entregárselo a su rey y amo.

Este, cuando tuvo el espejo en su poder, dijo así:

—Juan, ahí te va el espejo, ¡cáchalo! —y dejó caer el espejo, que Juan aferró al vuelo—. Ahora cumple tu parte y revive a mis animales muertos.

Juan agarró el espejito, le dijo: “Espejito, espejito, revive a todas las ratas muertas de esta casa”, y al instante los cadáveres de las ratas que formaban una pila en medio de la habitación empezaron a cobrar vida.

Como si des-
perta-



ran de un largo sueño, las ratas olfatearon el aire y se marcharon una por una.

Juan se fue de esa ciudad y llegó a otra, donde vivió un tiempo manteniéndose gracias al espejito, que le proveía de comida y del dinero necesario para alojarse en una posada. Conoció a una muchacha y la enamoró, pero no volvió a cometer el error de la otra vez, y no le dijo nada del espejo, ni siquiera cuando se casó con ella.

La muchacha se casó contra la voluntad de su padre, que deseaba para su hija un partido mejor, y eso le dolió a Juan, que juró vengarse de su arrogante suegro. Para ello, le ordenó al espejo que hiciera una casa muy bonita, de cristal. Luego se la mostró a su esposa, que quedó encantada.

—¿Cómo le hiciste para construirla, Juan, si somos pobres?

—Tenía un dinerito ahorrado, no te lo dije porque quería darte una sorpresa.

La hija fue a ver a su padre y lo llevó a ver su casa de cristal.

—¿Ves que Juan no es tan pobre como creías? Tenía un dinero ahorrado y con él hizo esta casa. ¿Te gusta?

—No está mal —dijo el suegro, que se moría de la envidia.

—Me dijo que si quieres te puede regalar una igual.

—Dile que no la necesito.

Pero Juan se la regaló de todos modos y le ordenó al espejo que hiciera una casa igualita a la primera. Cuando

estuvo lista se la obsequió a su suegro, que ni siquiera le dio las gracias.

Esa noche, mientras sus suegros dormían en su casa de cristal, Juan le ordenó al espejito que la hiciera desaparecer, dejando solo la cama donde estaban durmiendo.

Cuando la suegra de Juan abrió los ojos, vio todo el cielo estrellado y le dijo a su marido:

—¡Levántate, levántate! ¿Por qué será que se ven las estrellas allá arriba?

—¡Cómo eres de taruga! ¿No ves que es una casa de cristal?

—¡Pero hace frío!

—Cúbrete y déjame dormir.

La mujer se levantó y fue a tocar la pared, pero no la encontró. Fue a tocar la otra y tampoco estaba en su lugar.

—¡Levántate, la casa ya no está! —le gritó a su esposo.

Este se levantó bufando, fue a tocar todas las paredes y vio que tenía razón.

—¡Madre mía! ¿Dónde estamos? —exclamó.

En eso, pasó a un lado de la cama un arriero con sus mulas y se les quedó mirando. Se rio y siguió su camino, perdiéndose en la oscuridad.

El suegro, que era un hombre rico, se echó en la cama y se cubrió con la cobija de pies a cabeza, avergonzado de que lo vieran durmiendo en medio de la calle. La mujer hizo

lo mismo y ahí se quedaron los dos, arrebujados bajo las mantas, mientras la gente, conforme se hacía de día, pasaba a un lado de la cama, cuchicheando y riendo.

En cuanto a Juan, le regaló la casa a su mujer, agarró sus cosas y se fue con su espejito de virtud a recorrer el mundo y a conocer gente, que era lo que más le gustaba en la vida.

JUAN TABLA

Español-Oaxaca

ERA UNA SEÑORA QUE TENÍA UN HIJO MUY FLOJO. No movía un dedo: de la cama al fogón y del fogón a la cama. Pero un día el chamaco le dijo a su mamá:

—Voy a ir a traer leña.

—¿De verdad?

—Sí, voy a traer mi burriquita para ir por la leña.

Juan, que así se llamaba el chamaco, tenía una burriquita, un machete tabla, un hacha tabla, una escopeta tabla, bueno, todo era de tabla. Se subió a la burra y se dejó llevar hasta donde paró el animal, pues ese era su estilo. La burra se había parado al lado de un árbol y Juan se dispuso a tumbarlo. Agarró su hacha y le propinó un hachazo. El árbol hizo “¡Tannn!”.

“Este árbol está vivo”, pensó Juan. Le dio otro hachazo y se oyó de nuevo: “¡Tannn!”.

Al tercer hachazo se apareció un guardia del rey.

—Te manda llamar el rey —le dijo.

—¿El rey? Yo no he hecho nada, solo vine por leña porque mi mamá quiere cocinar —dijo Juan.

—Es una orden del rey, deja todo y sígueme.

En un ratito llegaron al palacio donde se encontraba el rey.

—Buenos días, buen rey —saludó Juan.

—Buenos días, muchacho. ¿Cómo te llamas?

—Juan.

—Te mandé llamar porque me hiciste un gran favor.

—¿Y qué favor es ese?

—Con esos tres golpes que le diste al árbol, ahora mi hija y yo podemos ver el sol y la luna.

—¿Y se puede saber por qué?

—Estábamos encantados, ¿no entiendes? No podíamos ver el sol ni la luna, solo la pura luz, y gracias a esos tres golpes ahora podemos verlos. Mira dónde están —y señaló con la mano la posición del sol y de la luna—. Por eso quiero que almuerces conmigo, Juan.

—Creo que no va a ser posible, mi buen rey, porque huelo mal.

—Eso no es problema.

—No —insistió Juan—. Si usted me quiere dar de comer, deme allá en la cocina, allí sí como.

—Está bien, si te sientes más cómodo en la cocina, comerás en la cocina.



Le dieron de comer en la cocina y la mujer que le servía le dijo:

—Escúchame, ahora que termines de comer, el rey te dará un cofre lleno de dinero y otro lleno de oro para agradecerte lo que hiciste, pero tú dile que no los quieres, y que si te quiere regalar algo, que te dé el relicario de oro que tiene su hija en el fondo del baúl.

—¡Ja! ¿Y eso para qué sirve?

—Para lo que quieras. Si quieres dinero, te da dinero; si quieres comer, te da de comer. Te da todo lo que quieras.

—Está bien —dijo Juan.

Cuando acabó de comer fue a ver al rey, que le dijo:

—En agradecimiento por lo que hiciste te voy a regalar un cofre lleno de dinero y otro lleno de oro para que ya no vayas acarreando leña.

—No, buen rey —contestó Juan—, no quiero dinero ni oro porque la gente es muy ladrona y me los puede quitar. Si de verdad me quieres regalar algo, regáleme el relicario de oro que tiene su hija en el baúl.

—Déjame hablar con mi hija —dijo el rey.

En seguida habló con su hija, poniéndola al tanto del deseo de Juan, para ver si ella estaba de acuerdo.

—Papá, dáselo, ¿no ves el gran favor que nos hizo? Ahora gracias a él podemos ver el sol y la luna.



Fue así como le dieron el relicario a Juan. Bastaba tocarlo para que hablara e hiciera aparecer lo que se le pedía.

Juan dejó el palacio del rey y volvió al lugar donde lo había encontrado el guardia. Cuando llegó, la burrita ya era

pura tabla y la escopeta tenía una colmena adentro. Agarró el arma y empezó a sacarle la cera de las abejas, luego la probó y vio que todavía disparaba, pero la burriquita ya no servía, se había dañado por completo, así que se encaminó hacia su casa a pie.

“¡Caray! —se dijo—, me espera una caminata larguísima.”

Entonces se acordó del relicario, lo sacó y le dijo:

“Quiero una burriquita que me lleve a mi casa.”

No acababa de decirlo cuando se apareció de la nada una burrita igual a la que tenía.

“Sí funciona”, pensó satisfecho. Se montó sobre la burra y se dejó conducir por el animal, como era su estilo. Llegando a la casa la burra se detuvo y Juan se bajó, tocó la puerta y le abrió su madre.

—¿Quién es usted y qué quiere? —le preguntó ella.

—¿Cómo que quién soy? Soy Juan, tu hijo.

—Mi hijo está muerto —dijo su madre—. Hace quince años que no sé nada de él.

Entonces Juan se tocó la cara y vio que tenía una barba espesa; se miró las manos, los brazos, los pies, y vio que ya no era un chamaco, sino un hombre hecho y derecho,

—¿Quince años? —exclamó—. ¡Pero si salí en la mañana!

—Hijo, tardaste quince años, ya te creía muerto. ¿Dónde anduviste?

—En el palacio con el rey Fulano.

—El rey Fulano se murió hace muchos años. ¿Y los leños?
Me acuerdo que habías ido por leña.

—No traje los leños, sino algo mucho mejor —dijo Juan, enseñándole el relicario de oro.

—¿Y eso para qué sirve? —le preguntó su madre.

Juan entró en la casa y le dijo al relicario:

—Quiero que me pongas una mesa de distintos potajes.

Y al instante estaba la mesa tapadita de platos y tortillas calientes. Su madre quedó asombrada, tocó los platos y los olió para asegurarse de que eran verdad, y solo entonces empezó a comer.

A los tres días de que estuvieron comiendo hasta hartarse, la mamá fue a ver al nuevo rey y le dijo:

—Buen rey, buenos días.

—Buenos días —contestó el rey—, ¿qué deseas?

—Dice mi hijo que si usted quiere le arregla la casa vieja que tiene, la que está toda caída. Dice que se la arregla de la noche a la mañana.

—¿Cómo? Si es así, dile que venga en seguida.

Fue la madre a decirle a Juan que el rey quería verlo de volada.

“¿Y ahora qué hice?”, pensó Juan, y se dirigió al palacio del rey con su paso flojo, tan flojo que el rey, al ver que tardaba, mandó dos guardias por él.

Los guardias lo encontraron en el camino cuando apenas llevaba un centenar de metros recorridos.

—El rey lleva dos horas esperándote —le dijeron.

—Me estoy apurando.

Lo cargaron entre los dos guardias para llegar más rápido y cuando estuvo frente al rey, este le dijo:

—Me dijo tu mamá que puedes arreglarme una casa vieja que tengo y que me lo harías de la noche a la mañana, y con tal brillo que cuando le pegue el sol se me empañará la vista.

—¿Cómo? —dijo Juan, y pensó en los aprietos en que lo había metido su madre—. No puedo hacer tal cosa.

—Pues si no me cumples serás pasado por las armas —sentenció el rey.

—Está bien, mañana su casa estará lista —dijo Juan, resignado.

Volvió a su casa con su paso flojo, se encerró en su habitación con el relicario y le dijo:

—Quiero que repares la casa del rey que está tirada, con tal brillo que le empañe la vista cuando le pegue el sol.

—Lo que usted diga —se oyó la voz del relicario.

“Bueno, voy a descansar de esa larga caminata”, se dijo Juan, y se tumbó en la hamaca a dormir.

Cuando el rey se levantó en la mañana y abrió la ventana para ver cómo había quedado su casa, esta parecía un espejo,

tanto que el brillo le empañó la vista. Fue a inspeccionarla y al ver lo lujosa que había quedado se puso muy contento.

“Qué bien trabaja ese muchacho”, se dijo.

Pasaron tres días y allá va otra vez la mamá de Juan a ver al rey.

—Señor rey, dice mi hijo que si quiere le arregla su jardín, pues está seco y se ve muy mal. Se lo puede dejar tan lindo que le llegará el aroma de las flores hasta donde duerme.

El rey mandó llamar nuevamente a Juan y le comunicó lo que le había dicho su madre.

Juan supo que debía hacer lo que el rey le decía, porque de lo contrario lo mandaría matar. Regresó a su casa con paso flojo, pensando que debía irse de casa de su madre, pues mientras viviera con ella, no dejaría de meterlo en aprietos. Cuando llegó a la casa se encerró en su habitación y, suspirando, le dijo al relicario:

—Quiero que le arregles su jardín al rey y que tenga tantas flores que el aroma le llegue hasta donde duerme.

Ni bien había formulado su petición, cuando el jardín empezó a reverdecer y a sacar flores y más flores.

—¡Qué aroma tan elegante! —dijo el rey al despertar. Se asomó a la ventana y quedó deslumbrado por el aspecto del jardín—: ¡Caray, qué duro trabaja ese Juan! ¿Cómo le hará?

Después de ese día Juan ya no volvió a su casa, como lo había decidido. Sin embargo, su mamá fue nuevamente con el rey:

—Buenos días, mi buen rey, dice mi hijo que si usted quiere puede hacer que pase un río en medio de la calle donde vive usted, para que se deleite con el ruido del agua.

—¿Cómo va a hacer eso si estamos rodeados de cerros? —dijo el rey—. Bueno, de todos modos dile que venga.

Y fue de nuevo Juan a hablar con el rey y le prometió que le haría el trabajo anunciado por su madre. “Pero esta vez —se dijo—, le voy a dar un susto al rey.” Regresó a su habitación y le dijo al relicario:

—Quiero que hagas pasar un río en medio de la calle del rey, que se meta en su casa y que suba hasta donde él duerme.

—Sí, mi amo —dijo el relicario, y a medianoche el agua empezó a inundar la calle del rey, se coló en su palacio y empezó a subir hasta alcanzar las habitaciones donde dormía. El rey, en su recámara, no aguantaba el frío, se echaba cobija sobre cobija y oía cómo el río subía hasta su cuarto.

—¡Ay, Juan, perdóname! —exclamó aterrado—. Aunque venga otra vez tu mamá a decirme lo que me diga, ya no le voy a hacer caso.

Empezó a gritar para pedir auxilio y entonces el encanto terminó, el río dejó de subir, se fue retirando primero

del palacio, luego de la calle y desapareció en la oscuridad de la noche.

Juan fue a casa de su madre a recoger sus cosas, tomó unos santos de madera viejos que estaban arrinconados en una mesita, los guardó en su morral, agarró su escopeta y se salió de la casa; pero no se llevó el relicario, para que su madre no pasara penurias. “Regresaré dentro de otros quince años —se dijo—, porque de trabajos ya estuvo bien.”

CÓMO UN HOMBRE MURIÓ POR UN CUERNO DE TORO

Náhuatl-Durango

UN HOMBRE LE DIJO AL OTRO:

—A ti, tal día, te va a matar un toro.

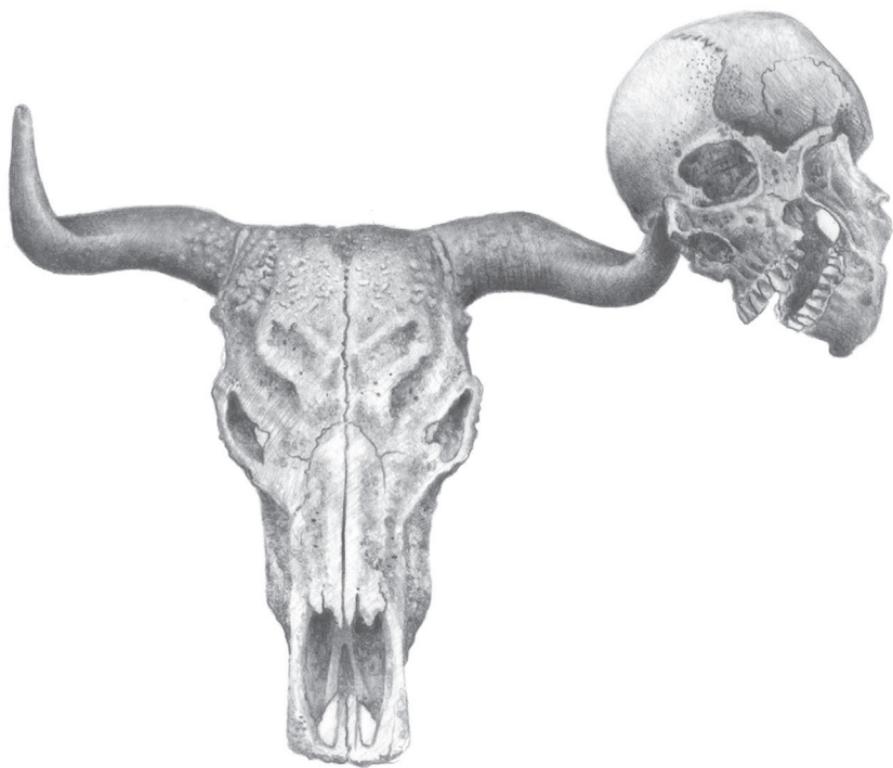
El otro no le creyó, pero cuando llegó el día se cuidó y anduvo volteando a cada rato para ver si no venía el toro. Luego ensilló su caballo, tomó su sable, tomó también su rifle *Remington*, subió al caballo y a cada paso volvía la cabeza, cuidándose del toro. Pero el animal no apareció por ninguna parte.

Entonces bajó del caballo y lo desensilló, porque el toro no había llegado, y siguió su camino a pie. Más adelante, en el suelo, había una osamenta vieja de toro. Cuando el hombre llegó ahí no la vio, tropezó y cayó sobre la osamenta. Fue así como uno de los cuernos se le clavó en la panza y lo mató.

De nada le había servido su sable, tampoco su *Remington*.

—Un toro no habría podido matarlo porque poseía un buen *Remington* —dijo el otro hombre.

Y, sin embargo, el hombre murió. Un toro lo mató pese a todas sus precauciones. Solo que no era un toro vivo, era una osamenta de toro.



EL MANJAR DE LOS BRUJOS

Chol-Chiapas

ÉRASE UN HOMBRE CAZADOR, VALIENTE, COMPAÑERO leal que visitaba a sus amigos y compadres y le gustaba ver cómo se pasa alegre la vida y andar cazando días enteros.

Un día captura un jabalí, la presa más difícil. Después de desollarlo y destazarlo, lo pone a asar para comérselo. Ahí va comiendo la sabrosa carne nuestro hombre y guarda un trozo para su mujer a quien le encanta ese animal. De vuelta a casa le convida y ella se abalanza sobre el trozo con deleite enorme, y cuando acaba, va y le dice: “Mira, van a venir la próxima semana mi compadre y su mujer y quiero darles de comer como merecen”.

El hombre entonces vuelve al monte en busca de otro jabalí para los convidados de su esposa. Y mientras pone trampas, junta las ramas que se llaman *misuji*, muy buenas para hacer escobas, porque su esposa quiere que su casa

luzca limpia el día en que lleguen los compadres. Coloca trampas, pues, hasta el anochecer. Un fuerte viento se levanta y barre el cielo y junta nubarrones y el hombre sabe que se acerca un norte y es preciso que se cubra en algún lado. Por suerte, en medio de la noche ve una casa, ¡providencial refugio!, y sin dudar toca la puerta. No le responden y está lloviendo a cántaros. Vuelve a tocar y grita: “¿No hay nadie?”, y nadie le contesta. Jala de la manija y ve que puede entrar. Cierra la puerta y mira: no, no hay nadie, ¡y afuera la tormenta! Una escalera lleva hasta un tapanco. El hombre sube los peldaños, arriba un calorcito lo convida a un sueño. Está acostado ya, feliz de aquel hallazgo. ¡Afuera los relámpagos y el agua semejando a un río que se desborda!

Está por agarrar el sueño cuando siente una intranquilidad que lo despierta. Abre los ojos y oye: afuera canta un tecolote. Sabe que cuando canta un tecolote tal vez muera un cristiano. Por eso siente miedo, el sueño ya se ha ido y se levanta. Y ve lo que sus ojos no quisieron haber visto: un gato que (quién sabe cómo entró, o acaso siempre estuvo ahí) huele despacio en los rincones y cuando acaba sale de la casa. El hombre sabe qué presagia esa visita y el pánico lo invade. ¡Habrá cena de brujos esta noche! Se lo han contado los tatuches, los ancianos. Y han dicho: comienza con un gato que huele el sitio de la cita, porque los brujos

quieren cerciorarse de que los dueños no han entregado a Ajaw* la casa, abriendo en cada esquina un agujero en donde sepultaron carne de gallina, pozol y un poco de aguardiente. Si así lo hicieron, los brujos no podrían entrar. Por eso, cuando van a hacer su cena, el gato se adelanta a oler la casa que escogieron.

El hombre espera. El gato ya no está, fue a dar aviso. ¿Aviso de qué cosa? Lo ignora. No queda más, con la tormenta afuera, que esperar.

Y entonces llegan. Son una vieja y dos muchachos. Y un tecolote. Abren la puerta, traen mucha leña que colocan en el centro de la casa. El hombre sabe que habrá cena, por las ollas. La leña es para el fuego y, dicho y hecho, el fuego prende la madera, se vuelve fuegarón, hoguera, o mejor dicho dos, y sobre cada una va una olla. En medio, el tecolote sopla los dos fuegos para que el fuego no se extinga, y si se cansa de soplar, ¿para qué tiene alas? Y entre soplidos y aleteos se cubre de ceniza. Por eso el tecolote tiene el cuerpo del color de la ceniza, dicen.

El hombre mira todo desde arriba. Entonces tocan a la puerta y dos sujetos nuevos entran. Traen una carga y no es por cierto cualquier carga, no, qué va. Es el cadáver de un cristiano. ¡Un muerto, pues, es lo que llevan! El hombre del tapanco se

* Ajaw: para los choles, el espíritu protector de un determinado lugar.

pregunta si el muerto no es él mismo, sí, que ya está muerto y no se ha dado cuenta. Pero se acuerda que los brujos no comen a cualquiera, tan solo a los tocados por alguna brujería. Sacan su cuerpo de la tumba, lo comen y devuelven la osamenta. De eso se acuerda con alivio el hombre del tapanco.

Abajo, mientras tanto, ya está cocido el muerto y se disponen a servirse los ahí reunidos. Y entonces la *xnejep*, o sea la anciana, dice, los ojos fijos en el fuego: “Huele a presencia humana. Seguro que hay aquí alguno que no fue invitado”. Vaya, la vieja sabe bien su oficio. Los otros se levantan, mirándose coléricos, y empiezan a buscar. Hacen con su nariz: “¡knuf, knuf, knuf, knuf!”. Como no encuentran nada, señalan el tapanco, y suben. Y ven al cazador. Este los mira muy tranquilo y a la pregunta “¿Quién eres tú?”, contesta: “Un brujo, como ustedes”. Y ellos: “Entonces come con nosotros”.

Y pues ni modo que se niegue. Para que no lo maten les mintió, y ahora no se valen “Mil gracias pero ya comí” u otras excusas de ese tipo. Ahí está el cadáver bien cocido, delicia culinaria del cónclave aquel, y él debe compartir. Finge durante un rato que mastica, que se atraganta y se relame, pero no va a durar la farsa y él lo sabe. Y mientras finge, ha abierto su morral en donde guarda (¡quién sabe cómo fue a parar ahí!) un polvo mágico, un polvito, un talco, pues, que ingiere a escondidas, se echa en seguida un trago de aguardiente,

revuelve todo unos segundos y sopla cual dragón sobre los brujos. ¡Así, como si echara fuego por la boca! Y aquellos quedan convertidos al instante en roca, piedra, estatuas.

¡Mis piernas, para qué las quiero!, y ya está fuera el cazador en la tormenta, huyendo.

¿El cuento aquí termina? Ni lo piensen. Ahí van los brujos, desentumidos ya, atrás de él. De noche ven mejor, la lluvia los impulsa, y el pobre, en cambio, cae, se para, reanuda la carrera, choca, vuelve a pararse que da lástima. ¡El cazador cazado y atrás los brujos corredores! Y cuando están por alcanzarlo, cuando no falta más que un par de saltos de distancia, el hombre ve una troje donde guardan el maíz y se echa debajo de ella. Modesto abrigo, casi nada, pero algo es algo. Los brujos ya lo vieron, van a sacarlo de allá abajo y están por aventarse, cuando se oye una voz que dice:

—¿Quién quiere el alimento de Ch'ujtiat, el todopoderoso? ¿Quién se atreve? ¿Quién anda ahí? Esta es su casa.

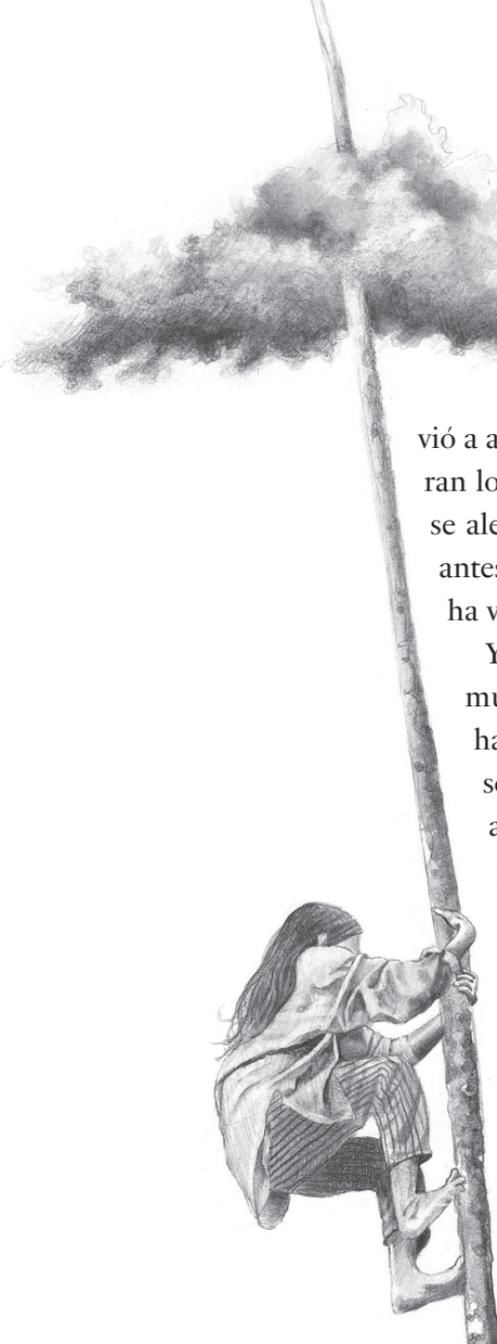
Es la voz del *ch'ujlel* del maíz, el espíritu del grano, y los brujos ya reculan, hasta ahí llegaron. No quieren ningún pleito con Ch'ujtiat, el todopoderoso, pues nadie quiere eso, solo un tonto. Y como de por sí cenaron ya, mejor se vuelven a su casa. Pero al oír la voz aborrecida del *ch'ujlel*, les cayó mal la cena. Qué mal se sienten. Ya andan los brujos con diarrea. Les dio una gran, enorme, horrible indigestión.

LOS CARGADORES DEL MUNDO

Zoque-Chiapas

CUENTAN LOS ANCIANOS, LOS QUE VIVIERON ANTES que nosotros, que cuando hicieron el mundo, cuando terminó su construcción, nombraron a cuatro personas para que lo cuidaran. Esas personas cargaban el mundo para que no se cayera. Como vieron que cuatro personas no eran suficientes para cargar el mundo, porque se iban a cansar, nombraron a otras personas para que también ayudarán a sostenerlo. Cuando los cuatro sostenedores se cansaban, les tocaba el turno a otros cuatro, y al realizarse el cambio era cuando se producía un temblor.

También cuentan que hace mucho tiempo el cielo estaba muy bajito y nuestros antepasados creían que lo podían alcanzar, así que cortaron un palo largo y lo pararon para que tocara el cielo, pero este se alejó más; cortaron otro palo y lo amarraron al primero, pero el cielo se volvió a alejar. Finalmente cortaron un palo más y lo unieron a los



otros dos, seguros de que esta vez, con una vara tan larga, el cielo se daría por derrotado, pero el cielo, como si nada, volvió a alejarse. Entendieron que hicieran lo que hicieran, el cielo siempre se alejaría y no volvería al lugar de antes. Por eso, por querer tocarlo, se ha vuelto inalcanzable.

Y cuentan también que hace muchos años los machetes, las hachas y los metates* trabajaban solos. Cuando los hombres iban a trabajar al campo llevaban su pozol, pero también llevaban su petate, cosa que a las mujeres les extrañaba mucho, y se preguntaban: “¿Será que se irán a acostar en su parcela?”.

* *Metate*: plancha de piedra en la que, con la mano de metate o metlapil, se muelen granos como los del maíz o los del cacao.

No entendían qué pasaba, así que siguieron a los hombres sin que estos se dieran cuenta y vieron que tendían sus petates y se ponían a trabajar solo un ratito, porque enseguida los machetes y las hachas trabajaban solos. Así, mientras los machetes destrozaban el monte y las hachas cortaban los árboles, los hombres se acostaban en sus petates hasta que caía la tarde. Al finalizar el día los hombres llamaban a los machetes y a las hachas para que descansaran.

En algún momento los machetes y las hachas se dieron cuenta de que alguien los estaba viendo y cayeron al suelo. Dejaron de trabajar. Los hombres, asustados, se pusieron de pie, preguntándose qué había ocurrido, y al volver sus cabezas descubrieron a las mujeres que los espían detrás de la maleza. Los machetes y las hachas no volvieron a levantarse del suelo y de ahí en adelante los hombres tuvieron que realizar toda la tarea ellos solos, rozando* el monte y sembrando la milpa. Exclamaron: “Fue culpa de las mujeres, ¡pero van a ver!”, y fueron a espiarlas. Fue así como vieron que los metates de las mujeres trabajaban solos; ellas solo ponían el maíz y los metates se encargaban

* La *roza* es un sistema de cultivo propio de la zona maya, que consiste en desmontar (talar los árboles y arbustos) la zona por cultivar y prenderle fuego. Se piensa que las cenizas abonan la tierra y la dejan lista para la siembra.

de molerlo. Entonces los metates se dieron cuenta de que alguien los estaba viendo y dejaron de trabajar. Desde entonces los machetes, las hachas y los metales dejaron de trabajar solitos y los hombres y las mujeres tienen que hacerse cargo de todo.

EL HOMBRE DE LA MULA Y EL PERRO

Zapoteco-Oaxaca

HABÍA UN HOMBRE QUE VIVÍA EN UN RANCHO Y tenía una mula y un perro. Un día tomó a la mula y al perro y fue al pueblo cercano a comprar provisiones. Una vez comprada la mercancía la cargó en el lomo de la mula, pero esta, al sentirse cargada, ya no quiso moverse. El hombre cogió un garrote y empezó a pegarle para que caminara, pero la mula, por toda respuesta, se echó.

—¡Vamos, levántate, mula floja! —gritó el hombre mientras la golpeaba, pero el animal no se movía.

—¡Te estoy hablando, animal, párate de una vez!

Nada. La mula recibía los garrotazos con un estremecimiento de todo el cuerpo, pero parecía determinada a morir antes de levantarse.

—¡Bestia maldita, te voy a matar! —gritó el hombre fuera de sí, y se ensañó con el garrote.

Entonces la mula empezó a llorar, y dijo:

—No me pegues más.

El hombre quedó boquiabierto al oír que hablaba, se le cayó el garrote de la mano y echó a correr, seguido por el perro que también corría. Llegaron a un árbol y el hombre se apoyó en el tronco, exhausto por la carrera. Y el perro, también exhausto, dijo:

—Qué susto nos pegó la mula, ¿verdad?



UN MILPERO

Maya-Yucatán

HABÍA UNA VEZ UN MILPERO QUE TUVO UNA mala cosecha de maíz. No llovió lo suficiente, hubo sequía y todo lo que obtuvo fue un canasto de mazorcas pequeñas, mal logradas, añubladas, de granos enfermos y picados por los pájaros. Con todo el dolor del corazón cargó el canasto de mazorcas y se encaminó rumbo a su casa.

En el camino se detuvo a descansar bajo un árbol grande. Le entró sueño, y cuando despertó, el canasto había desaparecido. Alguien se lo había robado. Comenzó a llorar y de pronto oyó que lo llamaba X-K'anle'óox, la Madre de los Dioses, que le preguntó:

—Milpero, ¿por qué lloras?

Le contestó el milpero:

—Porque me robaron mi canasto de mazorcas que venía cargando. Lo puse sobre esta piedra y me ganó el sueño, y cuando desperté, ya no estaba.

—No llores, milpero, voy a buscarlo —le dijo X-K'anle'óox, y cuando regresó traía un canasto de mazorcas amarillas, muy grandes y de hermosos granos. Le preguntó al milpero:

—¿Es este es tu canasto?

—No, no es este.

X-K'anle'óox se fue otra vez y, cuando regresó, traía un canasto de mazorcas blancas muy hermosas y muy grandes, con granos preciosos. Le preguntó de nuevo si ese era su canasto y el milpero volvió a responder que no.

La diosa se volvió a ir y al regresar traía un canasto de mazorcas añubladas, chicas y de granos minúsculos y picados por los pájaros. Le preguntó si ese era su canasto y el milpero contestó:

—Sí, este es.

Entonces X-K'anle'óox le dijo:

—Como eres honesto, estos dos canastos de mazorca te los voy a regalar, son tuyos, llévatelos.

Muy contento, el milpero amarró los tres canastos, los cargó y prosiguió su camino.

Cerca de su pueblo se encontró con un hombre del mismo oficio que él, quien le preguntó cómo era posible que a pesar de la sequía su milpa hubiera dado unas mazorcas tan bonitas. El milpero le contó de su encuentro con X-K'anle'óox, de cómo la diosa había encontrado su canasto



perdido y, encima, le había regalado dos canastos de mazorcas preciosas.

Dicho esto, se despidieron y el segundo milpero se encaminó de inmediato rumbo al árbol donde su compañero se había detenido para descargar. Llegando ahí comenzó a llorar y X-K'anle'óox no tardó en aparecerse, preguntándole que le pasaba.

—Sucede que venía con mi canasto lleno de mazorcas —contestó el milpero—. Me detuve descansar bajo este árbol y me dormí un rato, y cuando desperté, mi canasto ya no estaba.

—No llores —le dijo la diosa—, voy a buscarlo ahora mismo.

Regresó al rato con un canasto rebosante de mazorcas muy grandes y bonitas, de granos preciosos, y le preguntó:

—¿Es este es tu canasto, milpero?

—Este es —respondió el hombre

Entonces X-Kanle'óox desapareció al instante y no ha vuelto aparecer hasta ahora. El milpero, por su parte, no se ha movido del lugar, esperando que regrese. Sigue allí, petrificado.

LA BRUJA Y EL TEMAZCAL*

Ñuhu-Veracruz

ESTE ERA UN HOMBRE QUE TENÍA CINCO HIJOS, todos varones. El hombre estaba afligido porque, a pesar de que trabajaba de sol a sol cortando leña en el bosque, lo que obtenía no le alcanzaba para mantener y darles de comer a sus hijos.

Un día llamó al más pequeño y le dijo:

—Necesito que me acompañes al monte a cazar conejos para que comamos. Como eres chiquito, puedes meterte en las cuevas donde se meten los conejos.

En realidad el hombre no pensaba cazar, sino abandonar al niño en el bosque. Esperaba que otras personas lo encontraran y, al verlo solo, le dieran el sustento que él no podía proporcionarle.

Se encaminaron y al niño le extrañó que el padre no llevara su burro, como acostumbraba cuando iban al monte,

* Título original: “Los cinco hijos”.

pues nunca faltaba la leña que recoger en el camino.

—¿Por qué no traes al burro, tata? —le preguntó.

—Porque a donde vamos no hay nada de leña, mi hijo —contestó su padre sin mirarlo.

Después de mucho caminar llegaron a un lugar que el padre juzgó conveniente para llevar a cabo su plan y ordenó el pequeñito:

—Hijo, métete en esa cueva y ve si encuentras algún conejo. No salgas antes de que yo te diga, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo el niño confiadamente y, deslizándose por la estrecha abertura de la cueva, se quedó esperando que apareciera algún conejo.

Pasaron los minutos, pasaron las horas y no aparecieron los conejos ni el padre le gritó que saliera. Así que, cansado de esperar, decidió salir del agujero. Una vez afuera llamó a su padre, y como este no le contestó, comenzó a buscarlo, caminando por las veredas. A pesar de ser pequeño no le tenía miedo al monte, pues había acompañado muchas veces a su padre a cortar leña. Camine y camine, de pronto escuchó varias voces de niños, se dirigió al lugar de donde provenía el bullicio y se topó con una casita muy hermosa. Afuera, en el patio, había un burro, varias gallinas, un puerco y dos guajolotes. Se acercó para ver quién vivía ahí y salió una viejita a su encuentro, que le dijo:

—¡Qué bien que llegaste! Te estaba esperando. Anda, pasa. Has de tener mucha hambre y yo tengo mucha comida. ¡Siéntate, siéntate! Aquí hay más niños con los que podrás jugar y hacer buenos amigos.

El niño miró con atención toda la casa. Había una gran mesa y, sobre la mesa, mucha comida que despedía unos aromas exquisitos. “Si mi padre y hermanos estuvieran aquí —pensó—, comerían, por fin, como Dios manda.” Se fijó en una olla muy grande que había en un rincón de la habitación. Le preguntó a la anciana para qué la ocupaba y ella le contestó:

—En esa olla pongo agua para que se bañen los niños. ¿Ves esa cuevita de piedra que tengo allí?

—Sí.

—Es un temazcal.* Ahora se va a bañar uno de los niños, después le tocará a otro, luego a otro más, y así, hasta que llegue tu turno. Te va a encantar, vas a ver.

Pasaron los días. Durante ese lapso el niño se dio cuenta de que los niños que vivían en la casa iban desapareciendo uno tras otro. Una vez que entraban al temazcal ya no los volvía a ver. Pero como nuevos niños llegaban todo el tiempo,

* El *temazcal* es un baño de vapor, común en las culturas mesoamericanas. Suelen ser espacios pequeños hechos de piedra o de tabique, en los que cabe solo una persona. Por eso en el cuento los niños entran en él de a uno a la vez. Los hay también para varias personas.

no era fácil percibir esas desapariciones. Comprendió que la vieja no era buena y se dijo: “Esta señora se come a los niños, ¡los cocina en barbacoa!* Pero a mí no me va a comer, porque huiré de aquí, buscaré a mi padre y llegaré a mi casa”.

En este momento, la viejita le dijo al niño que le había llegado el turno de bañarse. Agarró la pesada olla llena de agua y la colocó en la entrada del temazcal.

—¡Pero está fría! —se quejó él, luego de poner la mano en el agua.

—¡Así debe estar, fría! —le dijo la anciana—. Esas piedras que ves ahí, al otro lado del temazcal, están bien calientes, y ahora que les echemos el agua, se llenará todo de vapor. Ya verás cómo se siente delicioso. Vamos, ayúdame a vaciar la olla, que sola no puedo.

Entre los dos inclinaron la pesada olla, y al instante el temazcal se llenó de vapor.

—Ándale, quítate la ropa y métete —dijo la vieja.

Pero el niño no se metió

—¿Ya te metiste? —preguntó a la anciana, que no podía verlo debido al vapor tan denso.

Aprovechando la momentánea ceguera de la vieja, el niño

* Técnica para cocinar la carne, preferiblemente de carnero, dentro de un horno excavado en la tierra. Durante la cocción, que puede llegar a durar unas doce horas, se tapa con piedras, pencas de maguey y tierra.

le dio un fuerte empujón, la vieja cayó sobre las piedras calientes y empezó a gritar de dolor:

—¡Ahhh! ¡Maldito, me quemé toda! ¿Dónde estás, que no te veo?

Pero el niño ya había cerrado el paso del temazcal y la anciana empezó a gritar:

—¡Ábreme, no me dejes aquí, ábreme que no puedo respirar!

El niño agarró la olla, que estaba vacía, y la llevó afuera, donde estaba el burro. Colocó la olla sobre el lomo del animal y a continuación fue a la cocina. Agarró toda la comida que pudo y la echó a la olla. Mientras tanto, la vieja le imploraba que la dejara salir.

—¡No puedo respirar, me ahogo! ¡Déjame salir! —gritaba.

Cuando la olla estuvo llena, el niño azotó el burro con una vara y lo guió hacia el monte, caminando tras él para que el animal avanzara más rápido, como hacía su padre cuando azuzaba a su burro cargado de leña.

Caminó durante mucho tiempo, temeroso de que la anciana lo persiguiera, hasta que, cansado, se sentó sobre el tronco de un árbol caído. Entonces, a lo lejos, se escuchó el ruido que hace un hacha al cortar leña. Se levantó y caminó en dirección de ese ruido que le era familiar, porque había pasado toda su infancia escuchándolo. Cuando llegó al sitio de donde provenían los hachazos no pudo dar crédito a sus

ojos. El que estaba cortando la leña era su padre.

—¡Tata!, ¡tata! —gritó.

El hombre giró la cabeza, lo vio e, incrédulo, dejó caer el hacha y abrió los brazos para recibir a su pequeño que corría hacia él.

—¡Mi hijo! ¡Mi pequeño! —exclamó, y, estrechándolo con furia, lo llenó de besos.

—¡Mira, tata, mira! Traje esta olla llena de comida para que coman tú y mis hermanos y ya no tengan hambre.

—¿Y dónde la conseguiste, hijo?

—En la casa de la bruja. La encerré en el temazcal y me vine para el monte con su burro.

El padre, enormemente conmovido y con un gran pesar en su alma por las palabras de su hijo, recibió la olla que el niño generosamente le entregaba. Pero mayor fue su sorpresa al mirar que la olla estaba llena de monedas de oro; no pudo contener las lágrimas y llorando amargamente abrazó al niño pidiéndole que lo perdonara por haberlo abandonado a su suerte.

EL HOMBRE QUE SE CONVIRTIÓ EN ZOPILOTE

Tzeltal-Chiapas

HABÍA UNA FAMILIA QUE TENÍA UN HIJO BASTANTE flojo, al que no le gustaba trabajar. Preocupados por él, sus padres le buscaron una mujer bonita y los casaron para que el hijo se sintiera con la obligación de mantener a su esposa. El padre del muchacho le regaló un pedazo de tierra para que lo trabajara y con ese trabajo se mantuvieran él y su mujer. El hijo salía todos los días con sus instrumentos sobre el hombro, y sus padres, creyendo que se había enmendado, le dijeron a su esposa que le llevara su pozol* al mediodía.

Ella obedeció, pero cuando le llevó a su marido el almuerzo, vio que estaba tirado bajo un árbol, dormido y roncando, y que la tierra seguía igual que antes. La esposa lo regañó, pero sus palabras no surtieron ningún efecto, porque al otro

* El *pozol* es una bebida.

día volvió a ocurrir lo mismo. Entonces fue a acusarlo con sus padres. Estos fueron a comprobar si les decía la verdad, y cuando vieron que era cierto, se enojaron muchísimo y el padre le propinó una tanda de chicotazos. Pero ni los chicotazos sirvieron, porque cuando al día siguiente la mujer le llevó el pozol a su esposo, lo encontró otra vez dormido.

—¿Qué quieres que te diga? Por más que me esfuerce no me sale trabajar —le dijo el hombre a su mujer—. Miro mis aparejos y siento náusea.

Ese mismo día, después de que la mujer se fue, el hombre vio un zopilote dando vueltas en el cielo. Se le ocurrió llamarlo, pidiéndole que bajara. El zopilote descendió al suelo y le preguntó cómo marchaba su trabajo, pues siempre lo veía echado bajo el árbol con sus herramientas a un lado, y el hombre respondió:

—Pues la mera verdad, el trabajo me cuesta. Yo quisiera ser como tú, que nada más te la pasas volando.

El zopilote le dijo:

—Si quieres, podemos cambiarnos de ropa, tú te pones la mía y yo me pongo la tuya.

El hombre no lo pensó dos veces y se quitó la ropa mientras el zopilote le explicaba qué era lo que tenía que comer:

—El alimento de nosotros es todo aquello que esté muerto, el excremento caliente y todo aquello que esté humeante.

Para conseguirlo tendrás que estar alerta y cuando encuentres algo deberás rondarlo tres veces antes de bajar por él, para evitar sorpresas desagradables.

Dicho esto, el hombre se dispuso a volar y el zopilote a trabajar la tierra.

Cuando más tarde la mujer llegó a darle el pozol a su esposo, se sorprendió al ver todo el trabajo que había hecho.



La tierra estaba roturada a todo lo largo y lo ancho.

—Por fin parece que aprendiste la lección y te pusiste a trabajar como se debe —le dijo la mujer.

Estaba contenta, pero esa noche percibió algo raro, pues el olor que despedía su marido era bastante desagradable. No dijo nada, pensando que se debía al trabajo que había realizado.

Al otro día, cuando el zopilote regresó al campo a trabajar, se dio cuenta de que el hombre sobrevolaba la milpa, bien fuese porque no encontraba qué comer o porque quería regresar con su esposa y le dijo:

—Vete, ¿qué haces aquí dando vueltas? Tienes que ir lejos a buscar tu alimento. Acuérdate de que los animales muertos despiden vapor, ahí está tu comida y la debes rondar tres veces antes de bajar a comerla.

Esa tarde la mujer ya no se aguantó las ganas de preguntarle a su esposo por qué olía tan feo, y el zopilote le dijo la verdad:

—Yo no soy tu esposo, sino un zopilote, por eso huelo feo. Tu esposo es ese que ves ahí, volando. Me pidió convertirse en zopilote porque no aguantaba trabajar la tierra, y yo tomé su forma.

A la mujer no le quedó más remedio que aceptar el cambio, puesto que su marido lo había querido así. Además,

ahora tenía a un esposo que trabajaba duro y, lanzando un escupitajo, maldijo a su marido por haber sido un haragán.

El hombre por su parte tuvo que hacerle caso al zopilote, pues llevaba tres días sin comer y se fue volando lejos en busca de comida. Era época de cuaresma, que es el tiempo en que se rozan las milpas antes de labrarlas y muchos las queman para dejarlas limpias. El hombre vio una gran humazón que se elevaba hacia el cielo y, sin pensarlo dos veces, se lanzó en picada, pensando que era un animal muerto despidiendo el vapor de sus entrañas. Pero era tan flojo que no rondó la comida tres veces como le había dicho el zopilote, y cayó en medio del fuego, muriendo al instante y sin haber probado ningún alimento.

NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN

Como quedó explícito en la presentación, este libro es una parte de *Cuentos populares mexicanos* (Fondo de Cultura Económica, 2021, 720 pp.), volumen excepcional por donde se lo mire y cuya lectura recomendamos a quien quiera saber y disfrutar más de las narraciones populares de este país. La licencia para publicar estos cuentos fue, en primera instancia, producto de la gestión de Adriana Martínez-Villalba, ex gerente de Literatura de Idartes, y el equipo del Fondo del Cultura Económica en Colombia; en segunda instancia, y principalmente, se la debemos a la generosidad del escritor de estos cuentos, Fabio Morábito, todo esto en el marco de la designación de México como país invitado a la Feria Internacional del Libro de Bogotá (FilBo) de 2023.

NOTA SOBRE EL ILUSTRADOR

Leonardo Palencia Puerto (Tunja, 1982) es licenciado en Artes Plásticas de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, trabaja como ilustrador independiente y docente. Además, es especialista en Lenguajes Artísticos Combinados del Instituto Nacional del Arte en Argentina y magíster en Gestión Cultural de la Universidad de Buenos Aires. Su trabajo se ha expuesto en ciudades como Santo Domingo, Nueva York, Buenos Aires y Bogotá. Su IG es @astronauta_dibujante.





FABIO MORÁBITO

Nació en Alejandría (Egipto) en 1955, es ítalo-mexicano, pero su obra entera está escrita en español. Ha escrito novelas, cuentos, poemas y ensayos, por los que ha sido varias veces premiado. Algunos de estos son los poemarios *Lotes baldíos* (1985, Premio Carlos Pellicer), *De lunes todo el año* (1992, Premio Aguascalientes), la antología *Ventanas encendidas* (2012) y *A cada cual su cielo* (2021); la novela infantil *Cuando las panteras no eran negras* (distinguida por la Jungenbibliothek de Múnich en 1997); los libros de cuentos *La lenta furia* (1989), *La vida ordenada* (2000) y *La sombra del mamut* (2022), entre muchos otros.



Libro al Viento

COLECCIÓN UNIVERSAL

Es de color naranja y en ella se agrupan todos los textos que tienen valor universal, que tienen cabida dentro de la tradición literaria sin distinción de fronteras o épocas.

- | | | | |
|--------------|--|------------|--|
| 33 | PALABRAS PARA UN MUNDO MEJOR
<i>José Saramago</i> | 79 | MEMORIAS PALENQUERAS Y RAIZALES
<i>Varios autores</i> |
| 40 | EL LIBRO DE MARCO POLO SOBRE LAS COSAS MARAVILLOSAS DE ORIENTE | 80 | RUFINO JOSÉ CUERVO: UNA BIOGRAFÍA LÉXICA |
| 56 | LA EDAD DE ORO
<i>José Martí</i> | 83 | CALIDEZ AISLADA
<i>Camilo Aguirre</i> |
| 64 | VIVA LA POLA
<i>Beatriz Helena Robledo</i> | 89 | CARTAS DETRES OCÉANOS 1499-1575
<i>Isabel Soler e Ignacio Vásquez (edición y traducción)</i> |
| 65 | SOY CALDAS
<i>Stefan Pohl Valero</i> | 96 | CRONISTAS DE INDIAS EN LA NUEVA GRANADA (1537-1731)
<i>Gonzalo Jiménez de Quesada
Pedro Cieza de León
Fray Pedro Simón
Alexandre Olivier Exquemelin
Fray Alonso de Zamora
Joseph Gumilla</i> |
| 71/72 | PÛTCHI BIYÁ UAI, Antología multilingüe de la literatura indígena contemporánea en Colombia. Vols. I y II
<i>Miguel Rocha Vivas</i> | 106 | BREVIARIO DE LA PAZ
<i>Varios autores</i> |
| 73 | GLOSARIO PARA LA INDEPENDENCIA. Palabras que nos cambiaron
<i>Margarita Garrido y Juan Ignacio Arboleda</i> | | |

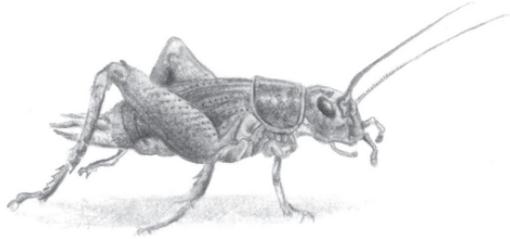
- 112** BICICLETARIO
Juan Carlos Rodríguez
- 125** MARAVILLASY HORRORES
DE LA CONQUISTA
Orlando Melo (selección)
- 130** EL ARTE DE DISTINGUIR A
LOS CURSIS
*Santiago de Liniers y
Francisco Silvela*
- 138** VERSIONES DE LA
INDEPENDENCIA
- 141** CACIONERO DE ROCK
AL PARQUE
- 157** RECUERDO MI ORIGEN
*Vito Apūshana, Fredy
Chikangana, Nataly Domicó,
Hugo Jamioy, María Violet
Medina Quiscue, Iván Niviayo,
Nelson Tuntaquimba Quinche*
- 158** CAMINARY
UNA VIDA SIN PRINCIPIOS
Henry David Thoreau

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un bien público. Después de leerlo, permite que circule entre los demás lectores.

Escanea este código
e ingresa a la biblioteca digital,
donde tendrás a disposición
más de 90 de nuestros títulos.



GRILLO



El hombre que el agua se llevó fue editado por el Instituto Distrital de las Artes - Idartes para su Biblioteca Libro al Viento, bajo el número 169, y se imprimió en el mes de febrero del año 2023 en Bogotá.

CIRCULACIÓN
GRATUITA

169

“Cuentan los ancianos, los que vivieron antes que nosotros, que cuando hicieron el mundo, cuando terminó su construcción, nombraron a cuatro personas para que lo cuidaran. Esas personas cargaban el mundo para que no se cayera.”

(De “Los cargadores del mundo”)



COLECCIÓN UNIVERSAL

libro al
viento



INSTITUTO
DISTRITAL DE LAS ARTES
E ARTES

BOGOTÁ